

BIBLIOTECA DE  
JUVENTUD



NUEVAS  
FLORECILLAS  
DE SAN  
FRANCISCO

ESPASA-CALPE, S.A.













Nuevas florecillas  
de San Francisco,  
por Ramón María Tenreiro.  
Ilustraciones de Manuela de Velasco



**JORGE GUILLEN**

Ediciones de «La Lectura». Madrid

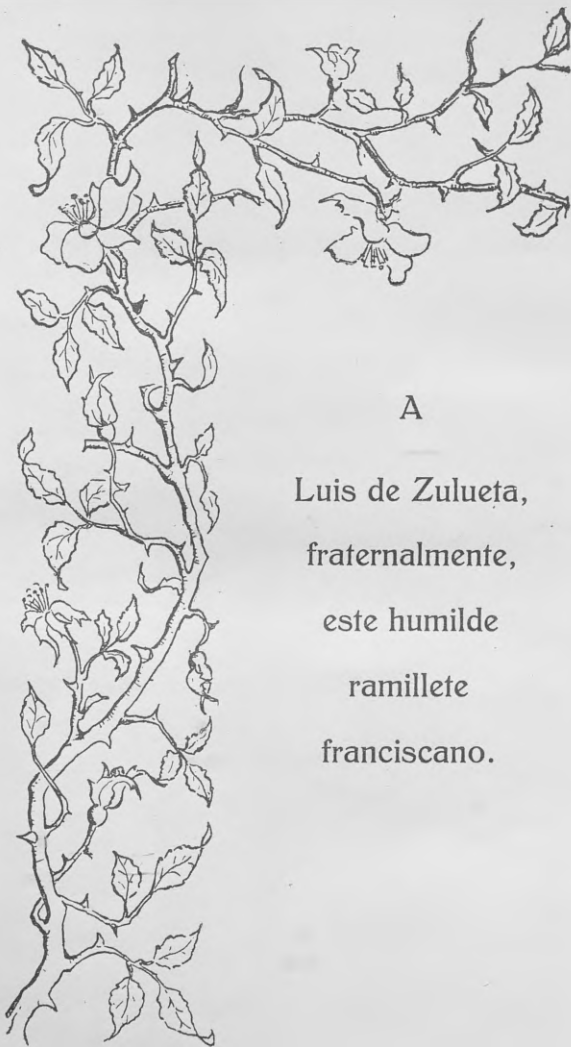
---

---

Es propiedad.  
Derechos reservados.

---

---



A

Luis de Zulueta,  
fraternalmente,  
este humilde  
ramillete  
franciscano.





En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo  
crucificado y de su madre la Virgen  
María. En este libro se contienen  
ciertas olvidadas florecillas,  
milagro y ejemplo piadoso  
del glorioso Pobrecillo  
de Asís, para alabanza  
y honra de  
Cristo.









ЦАМА  
РОВАРЕЗА





## PRIMERA CONSIDERACION



N. primer lugar hemos de considerar devotamente cómo San Francisco, siendo de edad de cuarenta y tres años, en el mes de agosto de 1224, por inspiración divina, se trasladó con Fray León y otros de sus frailes a las enriscadas soledades del monte Albernia, de que años antes le había hecho donación el conde Orlando dei Cattani, para celebrar allí la festividad de la Asunción de Nuestra Señora y ayunar una Cuaresma en honor del Arcángel San Miguel.

El Albernia fué su monte Tabor. La naturaleza entera celebró su llegada. Una nueva primavera de flores brotó entre los peñascos no bien San Francisco posaba en ellos sus plantas. Silvestres avecillas, en el primer descanso que hicieron los frailes en su trabajosa ascensión, acudieron veloces

de todos los puntos de la rosa de los vientos, para dar la bienvenida al Pobrecillo, con graciosos revoloteos y alegres y claros trinos. Un halcón asentóse como vigía en la cima del haya centenaria a cuyo pie se alzaba la choza de barro y ramaje, cobijo de Francisco, y con su áspero graznido lo despertaba a maitines y le advertía cuándo había de rezar las restantes horas canónicas. Con maravilla del bendito Hermano León, único de sus compañeros a quien le era permitido acercarse en cualquier instante al retiro de San Francisco, el Santo se sumía a cada paso en éxtasis y arrobamientos, y más de una vez, en las cristalinas noches montañosas, aquel fiel confidente lo vió alzado del suelo, por la fuerza de su embeleso, y le oyó pronunciar enajenadas palabras de mucho misterio y significación. El Criador hablaba con él, envuelto en una llama, como con Moisés en la zarza ardiente. Angeles del cielo, portadores de violas, hacíanle pregonar las inefables suavidades de la música perennal del Paraíso. Eran de tal calidad las espirituales criaturas que descendían sobre la montaña para comerciar con el Pobrecillo,

que, en las noches estivales, con asombro y espanto de los pastores y aldeanos comarcanos, los peñascos del Albornia arrojaban de sí llamas y destellos y semejava cráter de volcán su cima.

Mas en la fiesta de la Cruz de septiembre, en pleno día, un serafín de fuego, clavado en una cruz, más deslumbrador que el propio Sol, bajó velocísimo hasta Francisco, y tocándole manos, pies y costado con las puras llamas de sus alas, le dejó para siempre impresas las llagas del Señor: abierta en su pecho la herida de la lanza del centurión, trucidados pies y manos por los espantosos agujeros de los clavos. Desde aquella hora, Francisco sufrió sin cesar en su cuerpo los dolores de la agonía de Jesús, que desde muchos años atrás venían dilacerándole el alma. Como lo era ya en lo moral, desde aquella hora fué también en lo físico la más perfecta imagen del Salvador del mundo.

Lograda, en sus encendidos arrebatos de místico amor, esta conformidad suprema con el crucificado, y pasada la conmemoración de San Miguel, el Pobrecillo quiso abandonar sus queridas soledades de La

Verna, donde tan gloriosos misterios se habían operado, y mezclarse otra vez entre los pecadores para predicar, como siempre, su ardiente evangelio de penitencia y caridad. Dejando a los otros frailes en las pobres cabañas que habían habitado durante aquellas semanas, una fresca madrugada de octubre, con el Hermano León por única compañía, San Francisco comenzó a bajar del Monte Albornia para trasladarse a la Umbría. Mas aunque Fray León había puesto en prensa su habilidad y su ingenio para hacer unas sandalias con las que el estigmatizado pudiera caminar sin gran daño, era tal el dolor que le producían las llagas sangrientas de sus benditos pies y eran tan trabajosos los abruptos y pedregosos senderos de la montaña, que necesitaron el día entero para bajar al llano, y más de una vez, aunque el Santo protestara, el Hermano León tuvo que llevarlo en brazos por algún arduo paso, a riesgo de rodar los dos por el vertiginoso despeñadero.

Ya los robles tendían a lo lejos sus azules sombras sobre las doradas praderas montañosas cuando llegaron a la primera aldea. San Francisco, totalmente agotado, se dejó

caer, como cuerpo muerto, sobre un tosco banco de piedra puesto en una plazoleta bajo un árbol. Imposible seguir a pie más adelante. Su extrema fatiga, más aún que las tiernas súplicas de Fray León, le habían convencido de que era forzoso dejarse llevar en un borriquillo, por mucho que le repugnara. Desde que Dios lo había llamado a vida religiosa, sólo sus propios pies descalzos —el caballo de San Francisco— lo habían transportado en sus largas viajatas. Dejándolo que descansara, Fray León fué por la aldea en busca de un labriego que quisiera prestarles su asno; habían anunciado al conde Orlando que llegarían aquel mismo día a



su castillo para despedirse de él y darle gracias por su protección y mercedes, y, por tarde que fuera, no querían dejar de arribar aquella noche a la feudal morada.

San Francisco, en el estupor de su fatiga, quedóse casi sin conciencia, postrado en el banco. El decadente Sol, en la tarde de cristal, doraba ante él copas de árboles y techumbres de cabañas; libres coros de avecillas entonaban su cálido himno vespéral; pero el Pobrecillo, en su semidesmayo, ni veía ni oía cosa alguna.

No mucho después apareció otra vez Fray León, seguido por un labrador anciano, de lengua barba blanca y paso vacilante, el cual, inmóvil y silencioso junto al fraile, contempló largo tiempo la abrumada figura del peregrino, cuyo cuerpo flaquísimo apenas abultaba entre los pliegues de grosero paño gris de su campesino tabardo, sujeto a la cintura por una cuerda de nudos, y en cuyo rostro macilento, quemado y curtido por soles e intemperies, aun en aquella hora le agotamiento y postración, ardían como brasas los ojos brillantísimos y se entreabría en inefable sonrisa de bondad la boca de finos labios.



—¿Con que tú —acabó diciendo el labriego—, con que tú eres ese Francisco de quien tantas maravillas cuentan las gentes? Pues ya puedes tener buen cuidado de ser tan bueno como todos te creen, porque de tu alma dependen muchas otras y a muchos harás pecar cayendo tú en pecado.

Y San Francisco, vencido su pasajero desfallecimiento, alzóse de la piedra y, lleno de humildad, fué a echarse a los pies del aldeano, queriendo abrazar sus rodillas. El Hermano León y el campesino pugnaban por alzarlo.

—No me levantaré —dijo Francisco— hasta que haya besado los pies de quien supo decirme tales palabras. Dios habló por tu boca, padre mío, y nunca olvidaré la merced que me has hecho con pronunciarlas.

Ya entonces había llegado un recio zagalón que conducía del ronzal un enalbardado borriquillo. Acercóse a él San Francisco, estrechó entre sus magros brazos el cuello del animal, besólo entre las dos orejas sobre la peluda frente...

—Hermano asno —le dijo—, de todas las criaturas de Dios no hay ninguna que sea para mí más querida que tú. Como fraile

menor, en vez de la riqueza y suntuosidad de pieles y plumajes que ostentan otros seres naturales quisiste vestir unos humildes hábitos grises. Como fraile menor no vives en el esplendor de los palacios de los grandes, sino en las chozas de los miserables; no portas sobre tus lomos a los soberbios y poderosos de la tierra, sino que eres perenne compañero del pobre, le sirves en sus necesidades, le ayudas y remedias. Como fraile menor eres silencioso y sufrido, soportas con paciencia trabajos y malos tratos. Como fraile menor te alimentas de lo que todos los demás desechan y desdeñan. Como fraile menor encuentras satisfacción en tus propias fatigas y vas por los caminos, en tus jornadas de trabajo, bendiciendo al Criador con la alegría de tu trote. Como fraile menor eres vejado y maltratado y sirves de chacota a las gentes... Pero vengo comparándote con mis frailes, y tú eres más que ellos, ya que a ninguno de nosotros le fué dado jamás sentir sobre sus espaldas, como tú lo sentiste, el peso glorioso del Salvador del Mundo. Perdona, pues, que yo, el más indigno de los hijos de nuestro común Padre, me atreva a utilizar tus servicios. Bien

contra mi voluntad lo hago y sólo movido de necesidad extrema.

Trabajosamente acomodaron sobre la albarda aquel pobre cuerpo martirizado, y en medio de las bendiciones de toda la aldea, que había acudido para ver al famoso Santo, púsose en camino la breve comitiva por los dorados senderos de la tarde.



No era mucho lo que llevaban caminado cuando encontraron un rapaz que llevaba una pareja de tórtolas cogidas por las alas. San Francisco no podía ver sin tristeza que fueran conducidos al sacrificio los animales destinados para alimento humano, y más de una vez había salvado la vida de alguno de ellos cuando ya iba a caer sobre su cuello la cuchilla del jifero. Por ello, no pudo menos de parar el borriquillo y preguntarle al mozo que para qué llevaba aquellas po-

bres tortolitas cogidas de aquel modo por las alas.

—¿Que para qué las llevo? —respondió con desparpajo el mancebo—. Para que cenemos esta noche. ¡Poco buenas que estarán guisadas con cebolla!

—Piensa un momento en lo que vas a hacer —díjole dulcemente el Santo—, y sólo con mirarte a la cara conozco ya que no serás capaz de realizarlo. Considera esas dulces criaturitas de Dios que tienes prisioneras. Fíjate en esos brillantes ojillos, llenos ahora de inquietud y espanto; en la blancura y suavidad de ese plumaje, tan delicado y fino de colores; en la gracia de esa cabecita que se vuelve asustada a todos lados; en la tierna delicadeza de ese cuerpecillo; en el calor de vida que se derrama por tus manos sólo de llevarlas agarradas; en el pobre corazoncito que se agita violento dentro de ese pecho... Confiesa que no has visto jamás nada más lindo. Y considera luego que esa preciosa criatura vive con una vida análoga a la tuya, salvo el alma inmortal; siente como sientes tú; sufre como sufres tú; es una hermanita menor tuya, hija del mismo Padre que está en los cielos.

¿Verdad que no eres capaz de apagar el diminuto fuego de esos ojillos, de tronchar esa preciosa cabeza, de paralizar ese corazón, de hacer que se convierta en hielo el dulce calor de ese cuerpecillo? ¿Verdad que por nada del mundo eres capaz de matar a tus hermanas? Suéltalas ahora; anidarán en el árbol más próximo a tu casa; tendrán pequeñuelos cuando llegue la primavera y llenarán de religiosa melancolía bosques y campiña, alabando al Señor con el manso quejido de su canto.

El muchacho, con la frente caída, escuchaba inmóvil la palabra del Pobrecillo, contemplando las prisioneras de sus manos. Alzó después hacia San Francisco sus ojos arrasados en lágrimas.

—De buena gana las dejaría ir libres —murmuró—; pero está enferma mi madre, necesita alimentarse, y no tendrá que cenar si no le llevo las tórtolas.

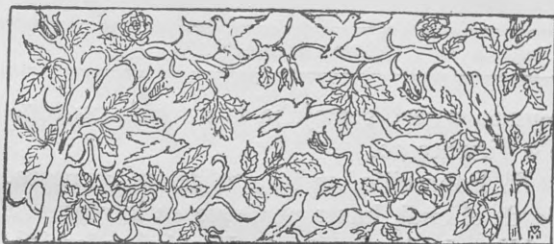
—¿Sólo eso te detiene? —dijo alegremente el Santo—. Gracias a Dios no se quedará hoy sin cena tu madre, sin que tengas tú que derramar sangre. Hermano León, dale a este buen muchacho las provisiones que

para el camino nos dió ayer el conde Orlando, y que no hemos tocado.

Tomó después entre sus llagadas manos los temblorosos y gentiles animalitos, acarició su blando plumaje, besó sus picos, y los puso en libertad. Pero las tórtolas, en vez de huír volando, vinieron a posarse sobre su hombro. Entonces pensó el Pobrecillo en lo bello que sería que aquellas tortolitas del Albernia fueran a anidar entre las frondas de la Porciúncula y acompañaran con sus dulces arrullos los rezos de los frailes, y les habló de este modo:

—Hermanas tórtolas, nuestro Padre el Criador ha querido que fuerais monjitas; os vistió con un devoto hábito de cenizas y os enseñó a rezar una doliente e inacabable plegaria en vez de las alegres canciones que entonan otras aves. Os recibo, pues, en mi Orden, y por santa obediencia os mando que vengáis conmigo a Santa María de los Angeles. Allí erigiréis vuestro convento aéreo en los robles que rodean la capilla y alabaréis al Criador con vuestras suaves voces cuando recen mis frailes.

Y las tortolitas, mansas y obedientes, unas veces revoloteando por encima del gru-



po peregrino, posadas otras sobre los hombros del Santo, les hicieron compañía hasta el término de su viaje.

Acababa la tarde con una majestad y dulzura incomparables: uno de esos anochece-res áureos del otoño en que la Naturaleza entera, terminada su función anual de renovar los seres vivos de la tierra, parece extinguirse suavemente, con un blando desmayo, en la paz y satisfacción del deber cumplido y la buena obra realizada. En el verdoso mar de los cielos se diluían lentamente los postreros arreboles del ocaso, que aun ponían graves reflejos de brasa en árboles, peñas y matorrales, ya semien-vueltos por las cenicientas gasas crepusculares. La luna, redonda y amarilla, surgía calladamente por el opuesto lado. Todo era solemnidad y silencio. Ni el más tenue soplo de brisa estremecía las hojas de los árboles. Las cosas todas, llenas de mística unción, parecían sumidas en celestial arrobó; el

mundo entero semejaba la nave de un templo gigantesco.

El Pobrecillo, en lo alto de un recuesto, desde el cual, hasta perderse en la plateada neblina del horizonte, se descubrían los ópimos campos de la Toscana, detuvo su cabalgadura, y sin decir palabra, permaneció inmóvil largo tiempo, empapándose los ojos y el alma en la inefable hermosura de la tierra y los cielos.

—Hermanos míos —dijo después, al ponerse nuevamente en camino—, unid vuestras voces a la mía y alabemos al Señor por haber creado para nuestro goce esta gran maravilla del mundo.

Y con voz transfigurada y ardiente —voz de serafín—, que apenas era creíble que pudiera brotar de su cuerpecillo miserable, rompió a cantar como un ruiseñor a la caída de la tarde:

—Altísimo, omnipotente y buen Señor,  
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.  
A ti sólo se deben, Altísimo,  
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.  
Alabado seas, Señor, con todas las tus criaturas,  
especialmente con el señor hermano Sol,



que nos da el día y con el cual nos alumbras a nos,  
y es bello y radiante con gran esplendor:

de ti, Altísimo, trae su significación.

Alabado seas, Señor, por sor Luna y las estrellas;  
las has formado en el cielo, claras, preciosas y belias.

Alabado seas, Señor, por el hermano Viento,  
y por el aire y las nubes, la bonanza y todo tiempo,  
con el cual a tus criaturas das sustento.

Alabado seas, Señor, por la hermana Agua,  
que es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Alabado seas, Señor, por el hermano Fuego,  
con él iluminas la noche,

y es alegre y robusto y fuerte y bello.

Alabado seas, Señor, por nuestra hermana madre Tierra,  
que nos sustenta y gobierna,

y produce frutos varios, pintadas flores y yerba...

Interrumpió en este punto su cántico, y dirigiéndose al mozo que guiaba el asno, y que hasta entonces había venido ceñudo y silencioso, le preguntó dulcemente:

—Hermanito, ¿cómo es que no cantas?

—Yo no canto nunca —respondió el otro foscamente.

—Haces mal —dijo San Francisco—. Cantando despertamos lo mejor de nosotros

mismos y encontramos a Dios en el fondo de nuestra alma.

Quiso reanudar su himno el Pobrecillo, pero el tono de voz del mancebo, su áspera mirada, habíanle dado frío. Sentíase en presencia de una criatura dura y seca, tericamente cerrada a toda vida espiritual, y su piadoso corazón se llenaba de angustia.

Marcharon sin decir palabra durante mucho tiempo, bajo el argentado resplandor lunar. Sólo el ruido de las herraduras del borriquillo al chocar con las piedras del camino y los largos lamentos de las aves nocturnas rompían el encantado silencio de la noche. El mozo iba entregado a hostiles pensamientos, que eran adivinados por Francisco y le quitaban al viaje toda intimidad. El Santo conocía muy bien, y lo lamentaba, que no había palabra de su boca que pudiera ablandar la peña de aquel corazón.

En lo alto de la calzada que subía al castillo, a la sombra de sus altos muros, junto a una poterna, San Francisco se apeó del borriquillo y después de besarlo y darle gracias, le dijo al espolique:

—Lamento que por acompañarme hayas



perdido todas estas horas de descanso y te hayas fatigado con la larga caminata. Mucho te lo agradezco, y, como recuerdo, quiero que tengas algo dado por mí. ¿Qué es lo que deseas?

—Nada —respondió el mozo desdeñosamente.

—Escúchame bien —prosiguió con dulzura el Pobrecillo—. Puedo darte mucho más de lo que tú te imaginas. Sabe que estás en una hora decisiva de tu vida y que en este momento depende de tus labios cuál va a ser tu destino. Piénsalo despacito; medita qué es lo que quieres recibir de mí. Mientras tú lo decides, suplicaré al Crucificado que te ilumine para que aciertes con lo que más pueda convenir al bien de tu alma.

—Ya he dicho que no quiero nada —replicó el mancebo con creciente desprecio—. Lo único que deseo no puedes tú dármelo, y lo que crees poder darme no vale nada para mí.

—Y ¿qué es lo que deseas y yo no pue-

do darte? —preguntó con humildad San Francisco.

—¿Qué ha de ser sino oro? Veinte años llevo en el mundo y sólo conocí trabajos y miserias, por ser más pobre que las hormigas de los campos.

—¡Oh, hijo mío! —imploró congojosamente el Pobrecillo—. Te lo suplico por lo que más quieras: no desees oro, no pidas oro. Mira que no hay para las almas fuego tan destructor como ése; por él pierden su encanto todas las benditas cosas naturales de que nos rodeó el Criador, y en medio de las que quiso que viviéramos para que con sus gracias y perfecciones nos enseñaran a mejor amarlo y venerarlo; por él, el hombre deja de ser hermano para el hombre, y lo busca, persigue y acosa con ferocidad de lobo; por él nuestro corazón abandona su nativa sencillez y simplicidad y se convierte en una gusanera de frenéticos afanes de goces, deliciosos antes de conseguidos, vanos e insulsos luego de logrados...

—¿Qué me importa todo eso si por el oro seré señor del mundo?

—Puedes serlo, lo serás; pero no tendrás paz en tu corazón, y de todos los bienes de

la vida, puedes creérmelo, ese es el único verdadero. Pídeme esa paz, y por siempre puedo dártela.

—No te pido sino oro. Pero demasiado tiempo hemos perdido en vanas palabras. Buenas noches —dijo el mancebo volviéndose bruscamente para marcharse.

San Francisco lo sujetó por un brazo.

—Te he ofrecido un don y no partirás sin él. ¿Has pensado bien lo que quieres? ¿Has comprendido que el oro labrará la desgracia de tu vida y acaso te haga perder el alma?

—Oro o nada —replicó tercamente el mancebo.

—Pues toma oro —exclamó el Santo. Y bajándose al suelo, cogió un guijarro grande, blanco y redondo, que, desprendido del empedrado de la calzada, lucía vagamente en la penumbra, y se lo puso en las manos—. Imploraré al Señor todos los días de mi vida —siguió diciendo Francisco—, para que ya que el oro no pueda hacerte feliz, no cause por lo menos tu condenación eterna.

El mocetón tomó con burla el guijarro y lo arrojó en una de las alforjas del borri-

quillo, saltó después sobre la albarda, golpeó brutalmente con su vara al pobre asno, y sin dar siquiera las buenas noches, partió a trote largo cuesta abajo.



## SEGUNDA CONSIDERACION



N cuanto a la segunda consideración, es de saber que aquel mancebo —que se llamaba Bernardo— alejóse de allí colérico y enojado.

—¡Tanta molestia, tanto trabajo —iba entre sí rezongando—, hacerme andar a pie la mayor parte de la noche y pretender pagármelo con avemarías y paternósteres! Sí, sí; muy santo, muy santo; pero para mí tiene más de cuco que de santo. Porque sabe decir cuatro melosas palabritas que hacen llorar a los tontos, pretende ya que todo el mundo ha de servirle de balde. Pues ¿y la burla de darme una piedra por mis servicios? No sé cómo pude contenerme y no tirársela a la cara. ¡El muy hipócrita! ¡Y aun se permite decir que va a rezar por mí! ¿Para qué necesitaré yo sus oraciones? Dinero, dinero es lo que necesito, y no buenas palabras.

Buscó entonces el guijarro en el fondo de las alforjas y lo lanzó lejos de sí, sin mirarlo siquiera. Pero lo vió cuando iba por el aire y le pareció que centelleaba como estrella desprendida del cielo; sintióse poseído de loca esperanza, se arrojó del borrinquillo y se puso a registrar ansiosamente el matorral en que había caído. No tardó en dar con la piedra: brillaba como gusano de luz en la oscuridad de un seto, bajo zarzas, espinos y maleza. Destrozándose la miserable ropa y llenándose de sangre manos, brazos y rostro, con los agujijones de los arbustos que se le hincaban en las carnes, llegó por fin a tener en su poder la piedra codiciada: limpia, amarilla, brillante, pulida, suave como fruta madura, resplandecía entre sus manos con puros fulgores de Sol. El corazón se agitaba en el pecho del mancebo casi hasta ahogarlo; nublábasele la vista; para no caer al suelo tuvo que sentarse al borde del camino.

—¡Oro! ¡Oro! ¡Oro! —musitaba como enajenado.

Y en el ardiente resplandor del áureo guijarro, sus maravillados ojos descubrían todas las alegrías de la vida, las más vio-



lentas como las más dulces. El mundo era suyo: lo apretaba entre sus manos convulsas como a aquella piedra refulgente. Suyas eran las dichas de la tierra: manjares exquisitos, deliciosas bebidas, amores enloquecedores, holganza, fausto, placeres, ricos trajes, joyas soberbias, caballos fogosos y, por encima de todo, poder y señorío; centenares de hombres pendientes de su voluntad, dispuestos a matarse por satisfacer el menor de sus caprichos, temblando de espanto cuando le vieran fruncir el ceño, y alegres y felices cuando los miraba benigno. Todo ello, en un carnaval vertiginoso, giraba febrilmente ante su vista, al contemplar el brillo siniestro de la piedra de oro...

Huérfano de padre y madre desde la más tierna infancia, sólo había conocido hasta entonces la fosca estrechez aldeana de la casa de unos parientes, donde había sido recogido de limosna, para ser poco más que los perros y bastante menos que el cerdo, los terneros y la vaca. Nadie había tenido para él una palabra de cariño. Desde que se sostuvo sobre sus pies y fué capaz de servirse de sus manos, había sido el criado de los criados; el infeliz para quien

se reservaban los trabajos más duros, los bocados menos comibles, los más crueles tratos. Jamás había tenido un día sin fatiga, una comida abundante y sabrosa, una noche de reposo completo. Y como esos pinos de las cumbres serranas, criados entre peñascos estériles, al borde de neveros, bajo el despiadado azote de ventiscas y cierzos, aunque crezcan achaparrados y retorcidos son un prodigio de vitalidad y fortaleza, también aquel mozo, vulgar de aspecto y no muy medrado de cuerpo, que había podido subsistir en condiciones tan adversas, guardaba en su alma, ruda y seca, un insospechado tesoro de energía e inteligencia. El odio hacia los que tan mal lo trataban y el anhelo de todo lo que había carecido hasta entonces, llenaban su conciencia. Cuando había grandes cacerías por los bosques del Casentino, veía pasar en estrepitosos torbellinos a los señores de la comarca, cabalgando corajudos corceles, cubiertos de deslumbradoras armaduras, con penachos en la cabeza, un halcón en la mano, y seguidos por sus latientes jaurías de lebreles, imagen perfecta, a su modo de ver, de la felicidad y el poderío, y siempre se decía,



con rencor y envidia, que por qué no había de ser él uno de aquellos poderosos cuyas atronadoras trompas de caza llenaban de espanto selvas y montes. Ahora se sentía igual a ellos con su fabulosa piedra en las manos.

Mas de pronto la maleza del matorral crujió violentamente a su espalda, al dar sin duda paso a algún animal nocturno. Entonces Bernardo, que en la vida había sentido miedo, tembló por vez primera, pareciéndole que alguien venía a quitarle su oro. Alzóse cautamente y escudriñó receloso los inmediatos alrededores. Todo era paz y

soledad bajo el dulce resplandor lunar. Creyó, sin embargo, que debía pasar la noche apartado del camino, oculto entre los árboles, y, cogiendo del ronzal a su asno, internóse por el robledo en busca de refugio, pero ningún lugar le parecía bastante escondido para guarecerlos a él y a su tesoro. Ni por un momento pensó en volver a casa de sus parientes. De ningún modo. Si volvía, le quitarían su riqueza, o por lo menos, le obligarían a repartirla con todos. Y era suya, suya sólo. Ni un dracma de lo que le pertenecía habían de recibir aquellos otros.

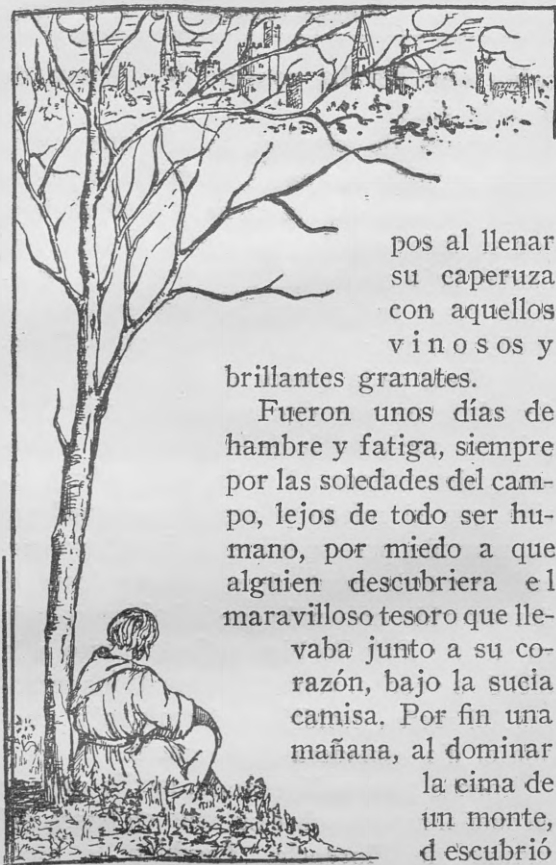
¿Qué hacer entonces? En cuanto amaneciera montaría en su burro y hala, hala, se dirigiría a Florencia, donde de fijo había de encontrar alguien que le comprara su metal precioso. Cierto que Florencia estaba lejos, a varios días de jornada, y no tenía con qué pagar sus gastos de viaje; pero lo mismo que el borriquillo sabría sustentarse con los yerbajos del camino, también él merodearía lo que pudiera por la comarca. Además, ¿qué le importaba pasar dos o tres días más de hambre cuando

---

sabía que llevaba consigo la hartura de toda la vida?

Después de cerciorarse de que nadie había seguido sus pasos, se metió la piedra en el seno, a raíz de la carne, y la sujetó bien con su faja; echóle una suelta al asno y se tendió bajo un árbol. Siempre había dormido como recién nacido, pero esta vez el sueño no quería visitar sus párpados. Desasosegábale cada rumor de la noche, creía descubrir un enemigo en cada sombra. Lo primero que le había dado la riqueza era temor y desconfianza. Por fin, pudo más la fatiga que el miedo y acabó por quedarse adormecido, pero su breve sueño estuvo surcado por toda suerte de espantos y despertó despavorido, creyendo que le habían robado su tesoro. Palpólo bien caliente junto a la piel de su pecho, y, por librarse de los terrores del sueño, decidió no dormir más, aunque el día estuviera aún remoto.

Apenas amaneció cuando, medio muerto de sueño, montó sobre su asno en busca del camino de Florencia. También le atormentaba el hambre. Por suerte, los zarzales mostraban en madurez sus frutos silvestres, y acabó de desgarrar sus hara-



pos al llenar  
su caperuza  
con aquellos  
vinosos y

brillantes granates.

Fueron unos días de  
hambre y fatiga, siempre  
por las soledades del cam-  
po, lejos de todo ser hu-  
mano, por miedo a que  
alguien descubriera el  
maravilloso tesoro que lle-

vaba junto a su co-  
razón, bajo la sucia  
camisa. Por fin una  
mañana, al dominar  
la cima de  
un monte,  
descubrió  
las torres

de la gran ciudad, término de sus ansias.

Nadie debía sospechar, ni remotamen-

te, su riqueza milagrosa, y así, para sostenerse mientras no supiera qué hacer con su oro, había resuelto que vendería el borriquillo no bien llegara a Florencia. Era día de mercado; entró en la ciudad sin que nadie se fijara en él; no tardó en hallar comprador para su pobre asno; embolsó unas pocas monedas de plata, y se fué en busca de posada. Por primera vez en su vida comió cuanto tuvo ganas, y después, encerrado en un cuarto del albergue cuyos cerrojos le parecieron suficiente garantía para sus caudales, durmió toda la tarde, toda la noche y casi media mañana.

Salió a la calle, siempre con su milagrosa piedra pegada a las carnes; compróse un traje, pobre pero decente, y dióse a recorrer todos los sitios públicos de la ciudad, tratando de informarse, indirectamente y con mil astutos rodeos, de a quién podría acudir para convertir su tesoro en dinero contante y sonante.

Oyó hablar de un viejo cambiador, banquero de príncipes y grandes señores, universalmente afamado por su honradez y formalidad. Según le dijeron, poseía gran

fortuna; era ya viejo y achacoso y no se le conocía familia ni herederos.

Todo el día anduvo nuestro Bernardo paseando delante de casa del banquero por la angosta y tortuosa callejuela, llena de diligentes rumores de colmenar. Varias veces estuvo ya con un pie en el umbral; pero en el último momento una timidez invencible le obligaba a volver atrás. El crepúsculo tendía ya por las fachadas sus tapices de violeta y se desmayaba en ópalos la estrecha cinta celeste que se descubría en lo alto entre los tejados de las casas, cuando por fin el mozo penetró en la oficina del cambiador. Era una lóbrega tiendecilla que exhalaba un aliento de sótano, dividida en dos por un tablero de roble, bruñido por el uso. Doradas balanzas para pesar monedas lucían apagadamente en la penumbra, pendientes de la pared de madera. Tras el mostrador, no lejos de la puerta, en un pupitre colocado junto a la ventana, aprovechaba los últimos resplandores del día para ordenar papeles un encorvado anciano de agudos ojillos claros, ribeteados de rojo, anguloso semblante mustio y consumido, boca sutil y desdentada.



Miró a Bernardo con expresión recelosa cuando le dió tímidamente las tardes y le preguntó qué quería.

Entonces Bernardo, con voz que temblaba de emoción, le fué refiriendo que era pastor en las estribaciones de La Verna, que había cogido una piedra en un zarzal junto a un camino y que quería saber si era o no de oro.

—Veamos la piedra —dijo glacialmente el anciano, alzándose de su escritorio.

Pero Bernardo, antes de sacarla del seno, dirigió a los rincones miradas de desconfianza y pidió permiso para cerrar la puerta de entrada. Una vez hecho con grave lentitud, puso so-



bre el mostrador la dorada piedra, tibia del calor de su pecho. Las manos del viejo, sarmentosas, apergaminadas, surcadas de recias venas y tendones, con corvas uñas de ave de presa, tendiéronse hacia ella temblorosas; enrojeció su lívido rostro y se encendieron en codicia sus ojos.

—¿No habrás robado esto? —barbotó, lanzando hacia el mancebo una inquisitiva ojeada.

Pero Bernardo juró y perjuró por todos los santos de la corte celestial que la piedra era suya y bien suya, ya que pocas noches antes, a la luz de la luna, la había descubierto brillando en un matorral.

Puso tanto calor en sus palabras que el viejo no dudó. Ensayó el metal en la piedra de toque, lo pesó en la mayor de sus balanzas...

—Pero muchacho —exclamó—, ¿tú sabes lo que tienes? Eres rico, rico, riquísimo. No hay muchos señores en Florencia que puedan decirse tan ricos como tú.

Averiguó después si tenía familia y supo la verdad de su situación.

—Fué un verdadero milagro —acabó diciendo el cambiador—; fué un verdadero

milagro que hayas venido a mi casa, que no he de engañarte, y no a la de cualquier bribón que te hubiera dejado sin oro ni nada. ¿Quién te dirigió a mi casa?

—Un hombre con quien hablé esta mañana en el mercado.

—Pues di que fué un ángel disfrazado.

Hablaron después de lo que convendría hacer con aquel oro, y el cambiador le aconsejó que por el momento lo dejara en su poder, mientras estudiaba en qué emplearlo de modo lucrativo y seguro.

Firmóle después un documento en que reconocía haber recibido en depósito una pepita de oro nativo de tantas libras de peso, y dejando en la tienda al muchacho, bajó con ella a su cueva abovedada para guardar allí el tesoro.

Cuando volvió a subir, se informó de dónde residía Bernardo. El mozo se lo dijo, y el anciano banquero, que sentía repentino interés por aquel muchacho que le hacía pensar en un único hijo que se le había muerto y que, de vivir, tendría aproximadamente aquellos años, le dijo de este modo:

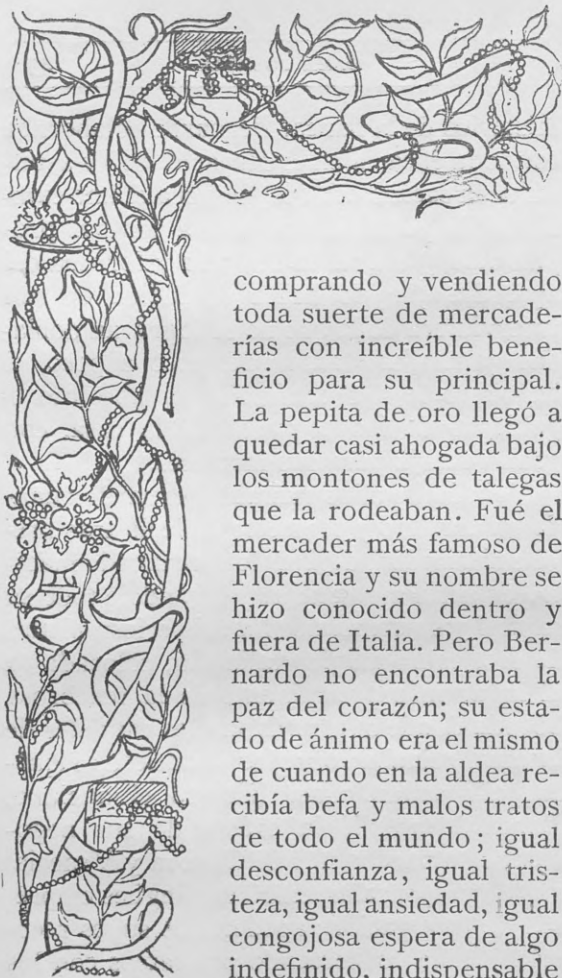
—Habito aquí sin otra compañía que la

de una criada que me sirve, tan vieja como yo. Hay muchas habitaciones desocupadas en mi casa. Ninguna persona joven me acompaña, anima ni alegra con el espectáculo de su salud y vivacidad. Así que como favor te pido que te alojes en mi hogar, mientras decidimos cómo hemos de hacer para que fructifique tu oro.

Aceptó el mozo, fué a la posada, recogió su menguado equipaje, instalóse en una espaciosa cámara del segundo piso que le señaló la criada, cenó con el viejo, charlando animadamente; durmió en un solo sueño toda la noche... A la mañana siguiente se puso al mostrador al lado del viejo y presenció con vivo interés el funcionamiento del negocio; el anciano cambiador experimentaba también un dulce sentimiento al tener junto a sí a aquel mancebo, a quien trataba con delicadezas de abuelo. En los intervalos del trabajo le fué explicando lo más elemental de su industria, y, a la noche, cerrada la tienda, le dió la primera lección de lectura y escritura. El saber de Bernardo y el cariño del viejo fueron creciendo al mismo rápido compás, y en poco más de un año, conocedor de los

misterios de la banca, Bernardo colaboraba con toda eficacia en el despacho de los asuntos de la casa. Poco después, el anciano cambiador le permitió que volara con sus propias alas, y era tal la destreza y fortuna del aprendiz que no había operación en que interviniera de la que no se lograran dobladas ganancias, tanto que, poco a poco, el banquero le fué confiando en absoluto el gobierno de los negocios de la casa, con gran ventaja para sus intereses.

Veintiocho años contaba Bernardo cuando su maestro y protector falleció tras breve enfermedad, dejándolo consumado maestro en artes mercantiles y legándole todo su capital y su comercio. La misteriosa piedra de oro, como mágico talismán, colocada en el lugar más preeminente de la tenebrosa bóveda donde se guardaban los caudales de la casa, reinaba sobre las cuantiosas riquezas allí acumuladas. Muerto el anciano, Bernardo amplió la esfera de sus negocios; con marchantes de Génova y Venecia, sus corresponsales, entró en pingües empresas de navegación; apoderados suyos recorrían Italia concertando préstamos con los grandes señores necesitados de dinero y



comprando y vendiendo toda suerte de mercaderías con increíble beneficio para su principal. La pepita de oro llegó a quedar casi ahogada bajo los montones de talegas que la rodeaban. Fué el mercader más famoso de Florencia y su nombre se hizo conocido dentro y fuera de Italia. Pero Bernardo no encontraba la paz del corazón; su estado de ánimo era el mismo de cuando en la aldea recibía befa y malos tratos de todo el mundo; igual desconfianza, igual tristeza, igual ansiedad, igual congojosa espera de algo indefinido, indispensable

para su vida, y que no sabía dónde hallar.

Sus triunfos fueron cada vez mayores; reventaban sus arcas, no pudiendo contener ya todo el oro en ellas encerrado. Mandó edificar en lo mejor de la ciudad, no lejos del Arno, un sin igual palacio: los mejores artistas de Italia, arquitectos, escultores, pintores, trabajaron años enteros en la obra. Dió en su nueva casa fiestas tan suntuosas como jamás las había visto Florencia. Su mesa estaba siempre cubierta de manjares raros y exquisitos, traídos para él desde los más remotos confines de la tierra, y en sus copas eran vertidos los vinos más fragantes. Pues ¿y sus trajes? Oro, sedas, perlas, joyas, bordados; los objetos más singulares y preciosos de la naturaleza y el arte concurrían al adorno de su persona. Los más grandes señores de Italia se honraban con llamarle su amigo. Las más bellas damas le tendían amorosas sus brazos. Bernardo lo poseía todo, era dueño de todo; pero no encontraba la paz del corazón.

Pasaron los años. Sus negocios tocaban ya en lo maravilloso. Como Moisés el agua

de las rocas, Bernardo hacía brotar dinero de dondequiera que aplicara su actividad y su pensamiento. En sus viajes a Venecia, Pisa, Génova o Roma era recibido como un monarca. El Emperador y el Papa lo invitaban a su mesa y lo trataban como a su igual. Mas no encontraba la paz de su corazón.

Pensó entonces que quizá la hallaría, lejos del aturdimiento de los mundanos torbellinos, en el dulce retiro de un hogar, y decidió casarse. Las más ilustres doncellas de Italia se habrían tenido por felices con darle mano de esposas. Buscó mucho tiempo, y acabó por elegir a la bellísima hija de un acaudalado mercader de Pisa, correspondiente suyo, quien se sintió más dichoso con casar a su hija con Bernardo que si hubiera puesto sobre sus sienes la corona del Sacro Romano Imperio. La doncella era una maravilla de hermosura y un dechado de cuantas gracias pueden acumularse en humana criatura. Durante breves meses, antes y después del matrimonio, creyó que había realizado todos sus anhelos, pero no pasó mucho tiempo sin que tuviera que reconocer en lo profundo de su alma que, por mucho que adorara a su esposa, tampoco



---

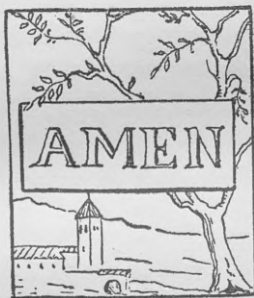
en el sereno afecto conyugal había alcanzado la paz del corazón.

De nuevo se encendió su esperanza de lograrla al saber que iba a verse perpetuado en un hijo y creyó haber alcanzado la cumbre de la dicha cuando oyó los primeros vagidos de aquella criaturilla en que se continuaba su existencia. Pero también se enfriaron los primeros transportes de la paternidad, y llegó un día en que tampoco el hijo satisfacía los afanes de su alma.

Corrieron los años. Abundante y sana prole vió la luz en el hogar de Meser Bernardo; nuevos negocios vinieron a multiplicar sus riquezas, ya incalculables. Media cristiandad era tributaria de las arcas del banquero; aclamábanlo los pueblos; honrábanlo los grandes; poseía recursos sobrados para hacer ricos a varios millares de hombres, y, sin embargo, no encontraba la paz del corazón.

Al contrario, según pasaba el tiempo iba conociendo mejor lo lejos que se encontraba de la felicidad verdadera toda aquella deslumbradora pompa exterior. No tenía nadie a quien llamar amigo; las gentes lo temían y lo adulaban, pero ninguno se le

acercaba llevado de su estimación sincera. Su mujer sólo veía en su persona el medio indispensable para satisfacer su frenético afán de ostentación y lujo. Sus hijos temblaban en su presencia, y en secreto anhelaban la hora en que, muerto el tirano, fueran ellos los que pudieran disponer libremente de las fabulosas riquezas por él acumuladas. Y con lo dicho basta, en cuanto a lo que se refiere a la segunda consideración.



## TERCERA CONSIDERACION



REGADOS a la tercera y última consideración, hemos de pensar en cómo Meser Bernardo íbase poco a poco sintiendo invadido por un desengañado deseo de muerte, pareciéndole que sólo si dejaba la existencia colmaría aquellos monstruosos y crueles anhelos de su corazón, que no había logrado satisfacer con todas las venturas que ofrece la tierra a sus hijos predilectos. A cada disgusto que le daban su mujer o sus hijos, a cada contrariedad que experimentaba en sus negocios, invocaba desde el fondo de su alma a la glacial consoladora, entre cuyos letales brazos se extingue todo mal terreno. No había noche en que no se tendiera en su lecho suntuoso, de holandas y damascos, con la esperanza de no despertar jamás, y no había mañana en que no se sintiera defraudado cuan-

do la fría luz del alba volvía a traerlo al odiado mundo de su riqueza y poderío.

Mas llegó una noche —la anterior a la fiesta de la Natividad del Señor— en que la mortal amargura de su ánimo creció en tan gigantescos términos que no hubo ya porción de su espíritu que no fuera invadida por el funesto afán de aniquilamiento. Justamente aquel día había recibido emisarios de su apoderado en la Corte Pontificia haciéndole saber la muerte del Emperador Federico, el infernal enemigo de los Papas, con lo cual se restablecía la paz en Italia, y Meser Bernardo podría ir cobrando los cuantiosos préstamos hechos a Gregorio IX e Inocencio IV, en condiciones para él ventajosísimas, doblando así una fortuna que ya había alcanzado proporciones de fábula. Jamás podría haber soñado triunfo semejante. Pero él no hacía más que decirse: “¿Para qué todo esto, para qué, ya que al acrecer mis riquezas no consigo más que aumentar mi martirio?” El mismo día había tenido un grave enojo con su esposa, que en su frívolo afán de placeres llegaba a extremos que comprometían su buen nombre; había acabado de conocer que sus hijos ve-

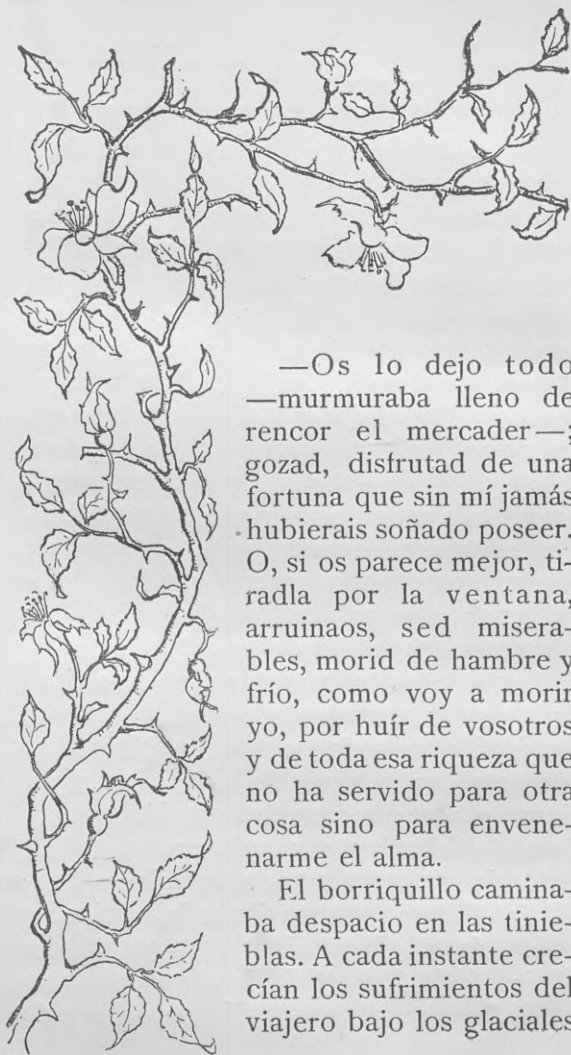
nían desfalcándole sus tesoros para satisfacer viciosas inclinaciones... ¡Morir! ¡Morir! ¡Morir! En la callada soledad de la noche, adueñóse de su pecho un desenfrenado anhelo de muerte, y clamó por el no ser como un enamorado por su amada. Fallecido él no podría su esposa, siquiera en algún tiempo, frecuentar las fiestas que adoraba y que tanto enojaban a su marido; los hijos dilapidarían neciamente los tesoros que había reunido su padre, algún día llegarían a conocer la negra miseria y a saber lo injustos que habían sido con quien había pretendido en vano corregirlos y educarlos. Su cabeza era un volcán de vertiginosos pensamientos. En los arrebatos de su fiebre, llegó a poner en su garganta el filo de un cuchillo. Pero después pensó:

—No. No quiero morir aquí, en medio de todas estas riquezas que han envenenado mi vida; quiero morir como nací y me crié, pobre y miserable en la soledad de los campos, donde, después de todo, por muy áspera y cruel que fuera mi existencia, conocí alegrías de que jamás volví a gozar en el seno de la opulencia.

Dicho y hecho: no dilató la partida. Era

ya más de media noche. Salió calladamente de su regio dormitorio; bajó al jardín, lleno de nieve y castigado por ráfagas feroces en la noche oscurísima; llegóse al tugurio donde dormía un gañán con un petrificante sueño de fatiga; trocó su rico traje por los harapos amontonados a los pies de la sucia yacija de aquel desdichado; sacó de una cuadra inmediata un borriquillo que era utilizado en las labores del jardín; puso sobre los lomos de la soñolienta bestia unos pobres aparejos y, sin ser visto ni oído por nadie, abrió una puertecilla excusada del jardín y abandonó para siempre su espléndida morada.

No tardó en encontrarse en pleno campo. Noche sombría. Sólo la nieve clareaba lívidamente bajo los cielos de tinta. Del seno impenetrable de la universal tiniebla venían las rudas manos, invisibles y heladas, del gigante del viento, que zamarreaban fragorosamente las ramas de los árboles y azotaban con fiereza las mal cubiertas carnes del fugitivo. Meser Bernardo había dejado caer el ronزال sobre el cuello de su cabalgadura, que avanzaba entre las sombras guiada de su solo albedrío.



—Os lo dejo todo  
—murmuraba lleno de  
rencor el mercader—;  
gozad, disfrutad de una  
fortuna que sin mí jamás  
hubierais soñado poseer.  
O, si os parece mejor, ti-  
radla por la ventana,  
arruinaos, sed misera-  
bles, morid de hambre y  
frío, como voy a morir  
yo, por huír de vosotros  
y de toda esa riqueza que  
no ha servido para otra  
cosa sino para envene-  
narme el alma.

El borriquillo camina-  
ba despacio en las tinie-  
blas. A cada instante cre-  
cían los sufrimientos del  
viajero bajo los glaciales

zarpazos del viento, y con ello se redoblaba su amarga complacencia al considerar que, sólo con no defenderse, llegaría en breve a verse libre de una existencia que había llegado a serle aborrecible.

El viento se durmió, fatigado, a los primeros vislumbres del alba, y tornó a nevar abundantemente. Cuando fué día claro, encontróse Bernardo perdido entre mansos, lentos y silenciosos copos de nieve, que danzaban ante sus ojos con mareante mariposeo y no le permitían ver a dos pasos de sí. Por momentos le asaltaba la tentación de tenderse en el suelo y dejar que lo cubriera, hasta ahogarlo, el helado sudario de las nieves. Pero había algo más fuerte que el deseo de aniquilamiento, que le obligaba a seguir avanzando, y que, cuando el borriquillo no pudo ya con él por hundirse sus patas en la nieve, le hizo echar pie a tierra y continuar su desconocido camino llevando del cabestro al pobre asno.

Hacia mediodía cesó la nevada, y Bernardo, al descorrer sus flecos la cortina de copos, descubrió ante sus ojos un paisaje tétrico: bajo denso cielo de plomo, agrestes montañas envueltas en uniforme sábana de



nieve; sobre ella surgían negros espectros de pinos, entre cuyas frondas ya preludiaba otra vez el viento sus lúgubres lamentos. Bernardo andaba y andaba sin saber adónde ni por qué, y, como por aumentar las dificultades del camino, marchaba siempre monte arriba. A veces, él o su burro se hundían en la nieve y le costaba Dios y ayuda salir fuera del hoyo, donde bien pronto habrían encontrado la muerte sólo con dejarse estar en él. Caía tristemente la tarde, y Meser Bernardo pensaba con amargura:

—Esta noche es Nochebuena. Ya pueden celebrarla los míos como se les antoje. Ya no les estorbo. Ya pueden quemar el aceite de todas mis lámparas, verter a torrentes los vinos de mis bodegas, cubrir de oro a todos los perdidos de la ciudad.

Acabó de cerrar la noche y aún seguía ascendiendo lentamente entre los troncos de los pinos, acompañado por su fiel borriquillo. Pero sus fuerzas estaban próximas al agotamiento total y cada paso que daba le parecía que iba a ser el postrero.

De pronto, más negra que la noche, le pareció que se abría ante él la boca de una caverna. Al momento decidió entrar



allí para esperar su fin, que no podía tardar, dados el hambre, el frío, la fatiga y agotamiento que experimentaba. Dió algunos pasos dentro de la tenebrosa cavidad y se quedó pasmado al ver cómo brillaban en un rincón los mortecinos rubíes de unas semiextinguidas brasas. Alguien debía haber en la cueva. Llamó repetidas veces, pero no obtuvo respuesta. Acercóse a la hoguera, trató de reavivarla, echando sobre ella algunas ramillas que habían quedado sin arder, y su asombro creció indeciblemente cuando, a la roja luz palpitante de las llamas, descubrió, sentados contra la roca, dormidos o quizás muertos, a juzgar por su exangüe palidez, dos

maravillosos personajes cubiertos con nunca vistas vestiduras: el uno era un anciano de luengas barbas blancas, noble frente rugosa, oscura túnica, cayado y sandalias; la otra una tierna doncella, que, apoyada filialmente sobre el hombro del viejo, mostraba un rostro tan inefablemente hermoso, que Bernardo jamás habría soñado que tamaña belleza pudiera llegar a ser vista por ojos de hombre. Entre sus brazos, semienvuelto en el manto sombrío que cubría su cabeza y ocultaba su cuerpo todo, tenía un niño recién nacido, totalmente desnudo, dotado también de tan extremadas perfecciones que apenas era creíble que aquel cuerpecillo precioso, que relucía como una joya a la luz de la fogata, hubiera sido amasado con el mismo barro mortal de la especie humana.

Bernardo dió grandes voces para que despertaran; al ver que no se movían se acercó a ellos y se inclinó sobre el anciano para oír su respiración. Un leve soplo de vida estremecía sus labios. Tocóle entonces la frente. Estaba helada. Lo mismo la de la mujer. Igual el cuerpo del niño.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —se dijo Ber-

nardo acongojado—. Sin duda deben ser peregrinos a quienes sorprendió la borrasca en la montaña, y están a punto de perecer de necesidad y cansancio.

Y con toda el alma, como jamás había deseado cosa alguna, anheló que le fuera dado volverlos a la vida. En un momento estuvo olvidada su anterior fatiga y se dispuso a hacer cuanto fuera necesario para salvar a los otros. Lo primero, una gran fogata que les diera calor. Registró con celeridad toda la cueva y apenas encontró leña. Era urgente salir a buscarla fuera. Corrió a oscuras bajo los pinos buscando ramas secas, a riesgo de rodar por algún despeñadero o sepultarse en la nieve, y antes de mucho estuvo de regreso en la cueva con una buena carga de combustible.

Recordó las habilidades de sus años mozos y supo disponer la leña en forma que ardiera vivamente, llenando la gruta con su dorada claridad y alegre chisporroteo. Parecióle, al observarlos una y otra vez ansiosamente, que los semblantes de los aterridos peregrinos iban cobrando calor natural y que el aire entraba con más fuerza

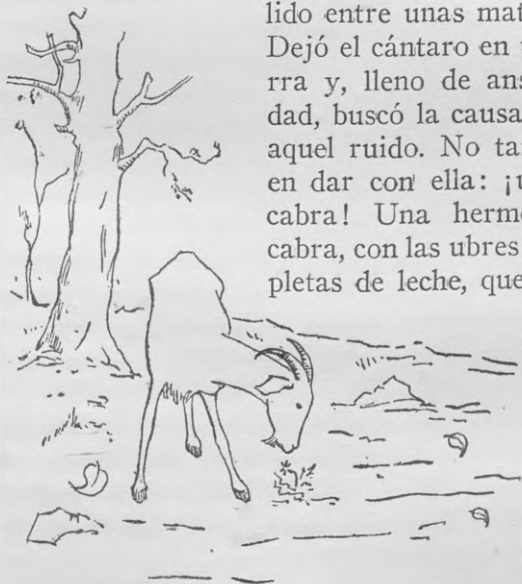
en sus pulmones. Mas después reparó en que el niño estaba totalmente desnudo. ¿En qué envolverlo? Buscó en el zurrón del anciano, caído al pie de su dueño, y nada encontró que pudiera servir para aquel objeto. ¿Dónde hallar una tela lo bastante preciosa para vestir aquel encantador cuerpucillo? Recordó entonces que, por debajo del grosero tabardo de aldeano todavía llevaba su fina y señorial ropa interior. Retiróse al rincón más oscuro de la caverna, quitóse todo aquello, sin conservar sobre sí otro vestido más que los que habían pertenecido al ayudante de jardinero; para hacer pañales desgarró su primorosa camisa de Holanda; arrodillóse a los pies de la desmayada doncella, no osando quitar el niño de sus brazos; lo envolvió delicadamente en los sutiles lienzos y lo abrigó después con su jubón de lana. Antes de levantarse, en un embeleso nunca sentido antes, tomó tiernamente entre sus manos los preciosos piececillos de la criaturita y los besó repetidas veces. Y entonces el niño abrió los ojos: unos ojos incomparables, más refulgentes que todas las gemas y metales de los tesoros de la

tierra, y que parecían difundir suave claridad por el triste recinto de la caverna, trocándolo en lugar más delicioso que los alcázares de los reyes. A su luz, Bernardo se sintió anegado en emoción dulcísima, traspasado de amor; aquella mirada iluminaba profundidades desconocidas de su alma, y un insospechado mundo de generosos afectos y pasiones, que turbulentamente exigían ser puestos por obra, surgía bajo ella, como brotes primaverales bajo el Sol.

Ya estaba despierto el niño: una indecible sonrisa parecía pintarse en sus labios. Ahora faltaban la doncella y el anciano. Pensó entonces Bernardo que quizá recobrarían antes el sentido si les daba a beber algo caliente. No faltaban un par de toscas ollas de barro junto a la hoguera; había también un cantarillo en que traer agua de la fuente. Al recoger la leña le había parecido que sonaba un manantial entre unas peñas. Volvió allá con el cántaro y lo llenó en una cascada. Mas no iba a dar a los enfermos agua caliente por todo alimento. Cierto que en el morral del viejo había encontrado un saquete de

harina y podía cocerles unas gachas. Pero ¡si hubiera leche! ¡Si pudiera darles un sorbo de leche bien caliente! Así pensaba al volver con su cántaro a la cueva, lleno de tristeza por no poder socorrer con más eficacia a los caminantes, que ya le interesaban como jamás le importara nada en el mundo.

Cerca ya de la gruta creyó oír un balido entre unas matas. Dejó el cántaro en tierra y, lleno de ansiedad, buscó la causa de aquel ruido. No tardó en dar con ella: ¡una cabra! Una hermosa cabra, con las ubres repletas de leche, que se



dejó coger mansamente y llevar a la caverna. Loco de alegría, la ordeñó sin perder momento y puso a calentar la leche. No faltaba un cuenco de barro en el zurrón del viejo. Llenólo de leche caliente, y, temblando de emoción y respeto, lo acercó a los hermosos labios de la desmayada doncella, cuyas suaves mejillas se iban tiñendo ya en rubores celestes. La mujer desplegó los labios, bebió un sorbo de leche, alzó sus párpados y miró a su salvador con unos ojos..., unos ojos... No. ¡Imposible! Ojos así no los hay en este mundo. Y el mercader, convencido de hallarse en presencia de una aparición celeste, se postró devotamente en tierra y besó la orla del manto de aquel ser incomparable, mientras la mujer, con voz llena de dulzura y suavidad, le hablaba sonriente en un desconocido lenguaje. Después, en tanto que Bernardo hacía tomar leche al anciano, que tampoco tardó en abrir los ojos, la maravillosa niña descinóse los cendales del seno y luego de cubrirlo de besos y halagarlo con las más tiernas palabras, le dió el pecho al niño, que sonreía en su regazo.

Despiertos ambos, Meser Bernardo, con



religiosa veneración, les sirvió la pobre cena que había podido prepararles. Dispuso después, no lejos del fuego, con musgos y líquenes que halló amontonados al fondo de la cueva, dos lechos bajos en que descansaran cómodamente la niña madre y su anciano acompañante. Salió otra vez por leña y armó una fogata que durara toda la noche. Por último, cuando los vió tendidos en sus lechos, expresándole su gratitud con dulces e incomprensibles palabras, sonrisas y gestos, besó piadosamente la mano venerable del viejo, el manto de la niña, los piecitos del dormido infante, que le sonrió entre sueños, y se sentó como guardián a la entrada de la cueva.

Su cansancio era extremo, pero jamás se había sentido tan feliz como entonces: al cabo de toda una vida de dichas exteriores y amargura en el fondo del pecho, encontraba ahora una nueva alegría, plena, rotunda, completa; un gozo incomparable, que estremecía todas sus entrañas, no en lo que llama el mundo placeres, sino en los congojosos trabajos y fatigas pasados para traer a la vida a aquellos desco-

nocidos viajeros. Y poco después, al ser vencido del sueño, en un inefable estado de plácido reposo, le pareció oír cómo repicaban placenteramente, no sabía si en los campanarios de remotas aldeas o en el fondo de su corazón, unas dulces campanas que acababan de anegar su alma en suavidades de arrobó. —Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad—, cantaban no sabía dónde unas voces de ángel...

Un tibio rayo invernal de Sol, que arrancaba de la nieve cegantes resplandores bajo el puro esmalte azul de los cielos, hízole abrir los ojos, borrachos aún de sueño. Estaba echado a la boca de la caverna, no lejos de la semiapagada hoguera. Pero por más que los buscó ansiosamente, no encontró ni rastros de sus maravillosos compañeros de la noche pasada. Tampoco había huellas de sus pisadas sobre la nieve.

—¡Ah! —pensó entonces—, ¿no habrá sido un milagro? ¿No habrán sido San José, la Virgen y el Niño los que han querido venir a mí, en esta noche santa en que yo vagaba desesperado buscando la muerte, para que se abriera a la verdadera



luz mi alma ciega y llegara a comprender el auténtico sentido de la vida?

Y por primera vez recordó entonces las palabras de San Francisco al darle aquel guijarro que, transformado en oro, había de ser origen de sus riquezas fabulosas: “Imploraré al Señor todos los días —habíale dicho el Patriarca de Asís— para que ya que el oro no pueda hacerte feliz no produzca tu condenación eterna.” Sin duda había orado el Pobrecillo, y el Señor había exaudido sus ruegos. Bernardo sentía cómo, en lo secreto de su pecho, con estremecimientos de recién nacido, palpataba un alma nueva. Como las verdes matas montañesas, que en aquella hora surgían brillantes en su lecho de nieve derretida, mil insospechados y tiernos sentimientos se desplegaban en el corazón de Bernardo, al fundirse los hielos de su dura y egoísta vida anterior. Y de sus ojos manó abundantemente un dulce arroyo de lágrimas.

Lloró horas y horas, con una emoción y alegría que jamás hubiera sospechado. Cuando se secaron sus ojos tenía ya decidido cuál iba a ser en adelante el curso de su vida: buscaría un rincón donde no lo conociera nadie, y allí, en absoluta pobreza, emplearía los años de vida que Dios quisiera darle en el cuidado de enfermos desvalidos.

Temblando de frío bajo su tabardo, pero con corazón alegre, montó en su asnillo y se fué mendigando de casa en casa por los lugares de la montaña. A las puertas de una desconocida villa, junto a las fortificaciones, vió una pobre y miserable malatería. Seis infelices lazarinos, en la mayor suciedad y abandono, esperaban allí con desesperada tristeza la hora de su muerte.

Fuése a ellos Bernardo, besólos uno a uno en la frente, sin dejarse repeler por el espantoso hedor que de sí arrojaban, y les dijo alegremente:

—Alabemos a Dios, hermanos míos, por haber dirigido aquí mis pasos.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntaron con recelo los leprosos.

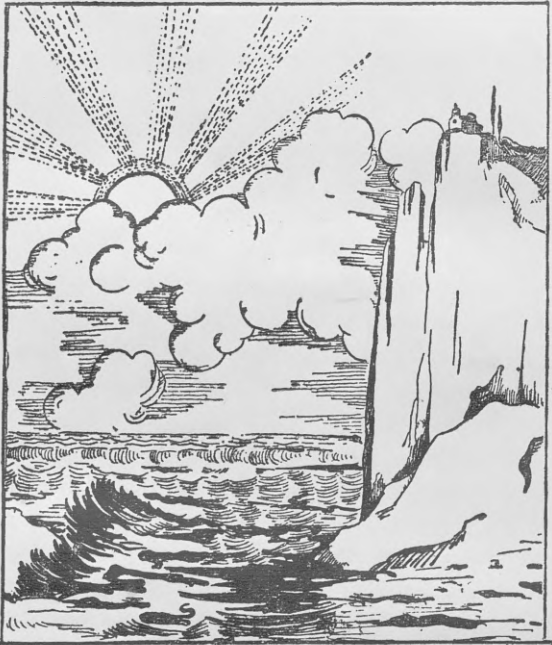
— Serviros — respondió Meser Bernardo.

Fué por agua, les lavó llagas y ropa, fregó después los suelos, y con un saco al hombro penetró en la ciudad para mendigar el sustento de los pobres gafos.

Así Meser Bernardo, que ha vivido al igual de los más grandes señores de la tierra, sin reservarse para sí cosa alguna, abandonó el mundo y dió comienzo a una vida de pobreza evangélica, poniéndose desnudo en los brazos del Crucificado, el cual sea bendito por nosotros *in saecula saeculorum*.







El milagro del mar







Los pies del Pobrecillo de Dios habían santificado los caminos de España, desde las ásperas y pedregosas sendas pirenaicas y las polvorientas veredas de la dilatada Castilla, hasta los umbríos senderos de Galicia, cubiertos de yerba y rocío. Y su paso, como la primavera, iba dejando los cielos mansos, tibios y acendrados; verdes y florecidos los valles y los oteros.

Por el Camino Francés, luenga vía trazada siglo tras siglo a través de pueblos y naciones por la planta de los peregrinos jacobeos, había llegado hasta la más remota región de Occidente y dado vista a Compostela. Las recias torres de la basílica refulgían como oro a los postreros fulgores del agonizante sol, cuando él las descubrió entre fragosas montañas. Días enteros oró San Francisco bajo las bóvedas de la catedral, húmedas y sombrías, al pie de la argentada efigie del antiguo evangelizador que había llevado hasta aquel tér-

mino del mundo las buenas nuevas de Cristo; a su ejemplo, también él anunció repetidamente su mensaje de amor y paz en cada una de las grandes plazas que se abren ante las fachadas de la basílica, y fué oído por la muchedumbre de gentes, de toda patria y sangre, allí congregadas; su verbo abrasado no tardó en ganarle discípulos, y a las plantas de la catedral, en escondido y pobre lugar que le aforaron los monjes de San Martín Pinario, mediante el canon anual de un canastillo de peces, fundó el primero de los conventos franciscanos de España.

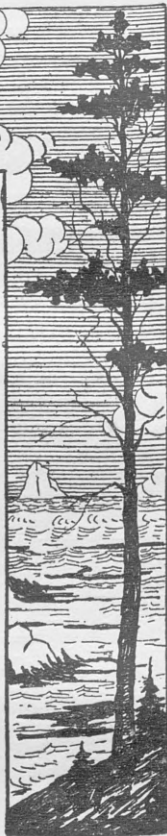
Una vez cumplida la piadosa promesa que allí le había conducido y organizado el régimen de vida de su humilde convento, antes de emprender, como conchero, el regreso a sus dulces tierras de Italia, quiso acercarse a las márgenes del mar, arcano y temeroso cabo del mundo, cuya vecindad prestaba un tinte de misterio a toda aquella postrera comarca de Poniente. Llevábale el propósito de predicar su evangelio a la pobre humanidad que moraba junto al mar, extrayendo miserablemente su sustento de entre la furia de las ondas, en una oscura y valerosa lucha cotidiana.



Con uno de sus nuevos seguidores como guía, emprendió la ruta de La Coruña, a través de la yerma meseta gallega, litúrgicamente revestida de la cardenalicia púrpura de los brezos, y antes de tercer día, luego de puesto el sol, vieron brillar entre las brumas del horizonte, como roja estrella de la tarde, la fogata del faro que desde remotísimas edades viene señalando su derrota a los navegantes.

Apretaron el paso, pero se hizo oscuro antes de que llegaran a la ciudad.

Era una cruda noche de marzo: glacial llovizna empapaba sus hábitos, ráfagas violentas les mordían las carnes y casi les impedían avanzar; el temeroso fragor de las



vecinas olas hacía vibrar las tinieblas. Llegaron así a una pobre aldehuela. Llamaron a la puerta de varias casucas pidiendo alojamiento, pero en ninguna quisieron recibirlos. Buscaban ya alguna pared o peña, más piadosas que los corazones de los hombres, a cuyo socaire pudieran pasar la noche defendidos de la lluvia y el viento, cuando de un negro muro informe, que apenas levantaba del suelo y que habían tomado por una roca, vieron brotar una lucécilla, que les hizo comprender que, aunque misérrima, estaban en presencia de una nueva casa.

En efecto, por el terrero ventanuco descubrieron una cocina sórdida, y en ella, acurrucada junto a la piedra del llar, contemplando con absorta mirada la danza de las llamas, una mujer enlutada con un niño en los brazos. Otros dos, tendidos en el suelo de tierra, jugaban a sus plantas. Los peregrinos llamaron a la puerta y por el amor de Dios pidieron posada.

—Tan pobre soy que nada puedo ofrecer —dijo la mujer, que se levantó a franquearles la puerta, no bien ellos la pulsaron—; sólo el calor de esta lumbre y el

abrigo de este techo; pero no sería de cristianos dejaros fuera en noche como ésta. Que nunca falte quien acoja con caridad a mis hijitos, cuando tengan que andar sin protección por el mundo.

Todo era miseria y fosquedad en la triste cocina. Apenas tenía por moblaje una mesa y un banco, en el que los peregrinos se sentaron ante el hogar para secar sus hábitos. La mujer no era vieja, pero tempranamente marchita y agotada por penas y trabajos. En cambio los niños, en medio de su suciedad y abandono, eran dichoso resumen de todas las suntuosidades del mundo: oro en los cabellos, pedrería en los ojos, frutas sazonadas en labios y mejillas.

La mujer arrojó a la semiextinguida hoguera un nuevo brazado de leña, que ardió al momento con claro y gozoso chisporroteo.

—¿Falta mucho para llegar a La Coruña?— preguntó el discípulo.

—Sólo atravesar el arenal; pero con la noche que hace no os lo aconsejaría. De fijo que las olas del Orzán barren el camino. Además, a estas horas ya no os abrirán las puertas de la Ciudad y tendríais que pasar

la noche en alguna casucha de la Pescadería, no mucho mejor que esta mía.

—¿Es pescador tu marido? —preguntó Francisco, a quien poco a poco se iban acercando los dos niños, que en un principio lo habían mirado recelosos—. ¿Acaso está en el mar?

—Sí, en el mar —respondió amargamente la mujer—; hace cinco meses que no hemos vuelto a saber de él ni de su barca.

—¿Habrá naufragado? —inquirió el Pobrecillo, con voz en que vibraba el más vivo interés y compasión.

Ya entonces los niños, clavando sus puras miradas en el penitente rostro seráfico del peregrino, habíanse acercado a Francisco, uno por cada lado, y las manos del Santo, derramadoras de bienes, acariciaban suavemente sus rizadas cabelleras, luminosas como rayos de sol.

—¡Por desgracia! —repuso la mujer. Y en el deseo de narrar una vez más la crónica de su desdicha, al advertir la cálida piedad con que la contemplaba Francisco, prosiguió diciendo: —Yo ya se lo decía: el mar acabará por devorarte como devora a todos los que viven de él. Yo ya quería que

buscara un oficio menos peligroso; pero nada le gustaba sino la azarosa vida del mar. Del mar habían vivido y en el mar habían muerto su padre y su abuelo, y a él le parecía que sólo como pescador sería capaz de ganar nuestro sustento. Además, las tierras están acotadas, tienen sus amos, no es fácil encontrar heredad que labrar, mientras que el mar es libre, es de todos, sus riquezas son de quien tiene valor para ir a buscarlas... Fué a principios de noviembre. Hacía una semana que el temporal no le dejaba salir a la pesca, tanto que apenas nos quedaba ya que comer. Mi marido, inquieto y disgustado de no hacer nada, iba y venía de casa a la playa y de la playa a casa, no bien creía que el temporal comenzaba a amainar. Varias veces pretendió embarcarse en plena tempestad y me costó Dios y ayuda lograr que no lo hiciera. Por fin, al cabo de ocho días pareció que el tiempo había cambiado: cesó de llover, fuése calmando el mar, el viento sopló de buen lado. Entonces no fué capaz de esperar más; achicó la barca, llena de agua de lluvia; puso en ella vela, palo, rizón, remos, volantines, anzuelos; botóla al agua empu-

jándola por la playa abajo, y se internó en el mar, aunque yo le rogaba que no se alejara, pues aún me parecían bravas las olas.



—En días como éstos es cuando más se pesca —me decía al marcharse—. Nada temas, que el mar y yo nos conocemos de viejo—. Me quedé a la orilla mucho tiempo, viendo como se alejaba la barca: a veces desaparecía por com-

pleto entre las gruesas olas plomizas, después volvía a surgir en lo alto de una gris colina de agua. Pasó la mañana, llegó la tarde. A mitad de ella, aparecieron por po-



niente oscuros nubarrones que en un momento cubrieron todo el cielo; desencadenóse un viento furioso que parecía que iba a derribar nuestra cabaña; comenzó a llover torrencialmente; el mar, negro y furioso, se cubrió de lívidas espumas. Aquí, en esta cocina, mis hijitos lloraban espantados. Llena de ansiedad, a cada momento corría yo a la orilla del mar por ver si llegaba su barca. Nada. Cuando fué noche, ayudada por unos vecinos, logré encender una hoguera en lo alto de la playa, para que supiera hacia dónde tenía que hacer rumbo. Nada. Rompió la mañana. Transcurrió todo el día. Cuando entonces no me volví loca es que el Señor no lo quiso. Semanas y semanas recorrí playas y peñascos buscando siquiera su cadáver, para sepultarlo en tierra cristiana. Ni entonces ni nunca volví a tener noticia del padre de mis hijos.

La mujer acabó entre sollozos su relato. También Francisco lloraba. Sus manos piadosas acariciaban la frente de los huérfanos y de sus ojos caía sobre ellos manso rocío de lágrimas.

—Y ¿de qué vivís ahora? —preguntó el seguidor de San Francisco.

—La caridad no nos desampara. Entre pescadores todos somos hermanos. Nadie abandona a mis hijos, ya que saben que tal vez mañana también los suyos necesiten amparo.

—¿Tan fiero es este mar?

—¡Fiero! ¡Virgen Madre! No hay invierno en que no se trague seis u ocho barcas. Quien vive de este mar ya sabe que más fácil que encontrar sustento es encontrar sepultura entre sus olas. Ya oyes ahora, cómo mugen y braman, cual manada de fieras sanguinarias. Y eso son, sin duda: fieras hambrientas que reclaman su presa de carne humana. No hay en estos contornos familia en que no haya habido tales desgracias. Por todas partes se encuentran niños sin padre, madres sin hijos, viudas enlutadas. Y después las almas de los náufragos, muertos quizá en pecado, vagan por las roquedas de la costa implorando sufragios, lanzan crispadores gemidos entre el estruendo de las olas, muestran en la espuma de las rompientes sus pálidos sudarios. La “Peña de las Animas” se llama el principal islote rocoso que se alza a la boca del puerto.

Tales palabras conturbaron cruelmente el corazón de San Francisco. El espectáculo de aquellos pobres huérfanos, cuyos cándidos ojos lo contemplaban con tanto amor y embeleso, era recio martirio para su espíritu, abrasado en caridad. Le parecía ver por doquier, en todas aquellas aldeas de pescadores, centenares de criaturas desvalidas como las que en aquel momento eran halagadas por sus manos, mientras pedía calladamente a los Cielos que alejara de ellas todo daño. ¡Los esclavos del mar! Sin saber cómo, pasaban de la abundancia a la miseria, de la vida a la muerte, infelices juguetes en manos de un señor más caprichoso e impío que todos los tiranos. Su boca incomparable derramó después, largamente, sus más dulces palabras, para consolar a la desventurada madre e infundirle confianza en la voluntad del Altísimo, que, por inescrutables caminos, todo lo dispone para bien de nuestras almas. Más tarde, mientras los otros descansaban, estuvo horas y horas de rodillas, implorando acongojado que la celeste mirada no se apartara un punto de aquella pobre casa.

Al amanecer, cuando bajo pálidos celajes



brillaba todavía el lucero del faro, atravesó el angosto arenal, tendido entre dos mares, que unía a tierra la casi insular ciudad. Pero antes de llegar a ella, en medio de una confusa agrupación de casucas marineras, que parecían sembradas a voleo por la playa, vió abierta la puerta de una ermita, amparadora de la barriada, cuyo pórtico desplegaba la ingenua flora granítica de sus capiteles y archivoltas no lejos de donde batían las olas. Tocaba a misa el esquilón, y el Pobrecillo de Dios entró en la humilde capilla. Bajo la tenebrosa bóveda, entre amarillas llamas de cirio, columbrábase en el altar la efigie del pescador San Andrés, cuyo favor imploraba aquel pueblo de pescadores.

Confundido entre los ma-

reantes, cuyas míseras ropas olían a brea y a marisco, y mezclando las suyas en la plegaria general, oyó San Francisco la temprana misa. En los instantes de silencio, por las angostas aspilleras absidales, donde ya relucían las violetas del día, penetraba rudamente la bronca amenaza de las olas.

El Pobrecillo, anegado en llanto, pedía a los Cielos que no hubiera viudas y huérfanos como aquellos cuya imagen llevaba clavada en el alma desde la noche anterior. ¡Ay! ¡Si Dios quisiera cristianizar al mar! ¡Hacer que entregara sus tesoros a quien necesitara de ellos, manso y benigno como la tierra, amorosa madre que nos da sus frutos para nuestro sustento sin esfuerzo ni lucha! Ya otras veces, —seguía pensando Francisco—, el Señor, en su infinita bondad, había querido emplearlo como instrumento suyo para domar la fiereza de criaturas naturales: por su mano había amansado al lobo de Gubio. ¡Ah! ¡Si también por sus manos quisiera apaciguar la ferocidad de las olas y la bravura de las borrascas! Y de repente, como iluminado por un relámpago, vió lo que tenía que hacer para



lograrlo : a orillas del mar,  
en el sitio donde fuera más  
temerosa la cólera de las

aguas y más frecuentes los naufragios, frente a aquella mal afamada “Peña de las Animas” de que le había hablado la viuda, erigiría una iglesuela con un conventillo, en el que, día y noche, hubiera quien alzara sus preces por los mareantes que entraban en puerto o salían de él, rogando al Señor que guiara los rebaños de olas con su cayado de paz para que nunca se enfurecieran ni alborotaran. Los frailes del convento harían también sufragios por las víctimas del mar y protegerían las familias de los que en él hubieran encontrado la muerte.

En un punto tuvo su plan terminado, mientras oía la misa en medio de los pescadores que imploraban el auxilio del Cielo antes de hacerse a la mar. Francisco, con su alma entera, participaba en sus anhelantes súplicas. ¡Señor!, ¡Señor!, ¡protégelos! ¡Que van al mar en busca del sustento de

sus hijos! ¡Que nada en el mundo es más triste que la mirada de un huérfano!

Salió antes que nadie, y una vez en el atrio, cerrado por tosca cerca de piedra, tapizado de menuda yerba, bajo la cual dormían el sueño sin término muchas generaciones de marineros, se encaramó a las gradas de la alta cruz de piedra que indicaba a lo lejos la existencia del templo. Durante breves instantes, a la pálida luz matinal, los ojos de Francisco recorrieron el neblinoso paisaje. Hacia Naciente, sobre erguidas rocas, protegido por fortificaciones, descúbrese el amontonado caserío de la ciudad; por fuera de ella, verde y grisácea, desnuda y peñascosa, la colina se tiende hacia el Norte, sobre los hervideros del mar, y a su extremo, el milenario faro, siempre vigilante, quiebra en el roto espejo de las olas de acero el resplandor mortecino de su fogata; por Poniente, los montes de la costa hienden el mar con un cerro valentísimo, cuyos acantilados de granito caen a pico sobre las aguas desde vertiginosa altura. Entre este monte y el del faro, bestias gigantescas que defienden la ciudad de los embates del océano, agazapadas e inmóvi-

les como esfinges, pero dispuestas a saltar sobre el enemigo si llegan a cobrar excesiva violencia sus ataques; entre este monte y el del faro, se abre al Norte una vasta ensenada por la cual, mugientes y feroces, sueltas al viento sus crines espumantes, las olas del mar vienen a morir, arenal arriba, al pie de la misma cerca de la capilla. En cambio por el Sur, a muy poca distancia, entre las casucas de la marina, ataláyase una dilatada y gris bahía, dormida y silenciosa, que se deja estrechar mansamente entre los brumosos brazos de la costa.

Según su costumbre, para reunir la gente comenzó Francisco por entonar un himno piadoso. Todos los que salían de la ermita se agolparon en torno a la cruz, admirados de la extraña figura del cantor, cautivos del fuego de su mirada y del hechizo de la melodía que salmodiaba, cuyos sonos oprimían las gargantas, llenaban de lágrimas los ojos y se metían por el pecho adentro hasta lo íntimo del alma.

Cuando toda la gente estuvo en el atrio, comenzó a hablar Francisco con palabras de fuego, viendo ante los ojos de su espíritu el doloroso grupo de la madre y los



niños, cuya desventura tan cruelmente le atormentaba desde la noche anterior. En frases trémulas de compasión, habló de las desgracias del mar: de los náufragos, de las viudas, de los huérfanos. Y tal era la contagiosa emoción que palpitaba en sus palabras que no hubo nadie que no sintiera en su garganta el nudo de un sollozo y cuyos ojos no se arrasaran de llanto. Después, para remediar en lo posible tamañas calamidades, propúsoles que levantaran un conventillo en lo más agrio de la costa, donde sin cesar hubiera quien orara por los navegantes, implorara a los cielos para que apaciguara la cólera de las tempestades, rogara por las almas de los pobres náufragos y cuidara de que de nada carecieran las familias desvalidas de los pescadores.

Tanto ardor, tanto convencimiento vibraba en sus palabras, que cuando cesó de hablar, en medio de calurosa aprobación, todos querían ser los primeros que se ofrecieran para ayudarle en su obra.

La misma mañana habló en análogos términos dentro de la ciudad, en la escalinata de la Iglesia de Santiago, inmediata al

puerto, y en el atrio de Santa María del Campo, soberbio templo alzado en el recinto de la antigua acrópolis pagana. Era día de mercado y las tortuosas callejuelas estaban llenas de estrepitoso y abigarrado gentío. Marineros, campesinos, artesanos, mercaderes, clérigos, hidalgos, regidores, pueblo, todos corrían detrás del Pobrecillo por oír la maravilla de su palabra y nadie hubo en la ciudad entorreada, como no lo había habido antes en el pobre arrabal de la Pescadería, que no sintiera arder en su pecho el deseo de contribuir a la empresa de Francisco: los ricos con su dinero, los pobres con su trabajo.

Desgarrándose los pies en las aristas de las rocas, seguido de sus nuevos discípulos, recorrió el Pobrecillo los fieros peñascales de la costa buscando emplazamiento para su iglesuela y escogió para ella el cantil más bravo e inhóspito de los que se oponían, temerarios, a la furia del mar frente a la "Peña de las Animas". Allí todo era lucha y convulsión. La costa era como una tempestad petrificada: canchos disformes, vertiginosos despeñaderos, peñascos derrumbados, cantizales, roqueros, tolmos, be-

rruecos: semejaba las ruinas de un alcázar de gigantes fulminado por la cólera de los cielos. El tremendo mar, desde sus ignorados confines, traía las fragorosas manadas de sus olas, e hirviendo en espumas las lanzaba estruendosamente contra la roquera de la costa.

Rememoró entonces Francisco su arte de arquitecto, apenas ejercido desde sus años juveniles cuando había reparado las ruinosas iglesias de su ciudad natal, comenzando por la de San Damián. Al borde mismo del derrumbadero trazó la planta de su capilla e hi-

zo que los  
tambores del  
ábside se al-  
zaran a plo-  
mo sobre las  
aguas, para  
que el lugar  
donde consagrara la  
hostia el sacerdote es-  
tuviera lo más cerca



posible del monstruo que se quería domeñar. Sólo se preocupó de la iglesia; no pensó en un convento para él y sus dis-

cíbulos; se cobijarían en chozas tan miserables como las de los pescadores.

Todo el verano se trabajó en la obra con gran entusiasmo; canteros voluntarios tallaban los sillares de los contrafuertes, ojivas y ventanales, labrado todo en aquella misma piedra berroqueña, empapada de salitre, mordida del mar, que constituía el accidentado suelo sobre que se asentaba la iglesia. Casi de continuo acompañados por el rítmico y claro son de escoplos y cinceles, brotaban de los labios de los obreros cánticos e himnos que les enseñaba a entonar San Francisco, y en los descansos de la labor nunca dejaba el Pobrecillo de predicarles encendidas pláticas. Cuando llegó octubre, estaban ya cerrados los ábsides y el crucero y alzado un pobre altar donde pudiera decirse la primera misa antes de que comenzaran las turbonadas del otoño.

Era una tarde lúgubre y sombría. Negras bandadas de nubes volaban presurosas por el plomizo campo de los cielos. El viento aullaba colérico a través de aspilleras y ventanales, y era tal la bravura de las olas, que sus espumarajos saltaban has-

ta el propio ábside del humilde templo. A la mañana siguiente debía ser consagrado, y Francisco y sus discípulos, en lo alto del andamio de uno de los muros de los pies de la iglesia, colgaban el esquilón que había de convocar a misa los fieles, ya que por entonces aún no había torre ni espadaña. Al avanzar la tarde fué creciendo la furia del temporal. Era tal la violencia de las ráfagas que apenas lograban sostenerse en el andamio los que acababan de asegurar la campana. Recios chaparrones les hincaban sus helados puñales en las carnes. En el oscuro mar tempestuoso parecían descubrirse lívidas formas humanas entre la espuma de los remolinos, y semejaban sonar clamores de angustia en medio del estrépito de las olas y el viento. De pronto gritó alguien:

—¡Una barca! ¡Una barca!

Todos corrieron al borde del acantilado. A la ya escasa luz crepuscular descubrieron una embarcación sin gobierno, empujada por las olas contra la "Peña de las Animas". El islote alzaba sus negros lomos sobre las albas rompientes, como monstruo sanguinario que se goza en la espera

de su segura presa. Los tripulantes, desde a bordo, agitaban desesperadamente sus brazos, demandando socorro. Sus gritos se perdían en el universal estruendo. Pero imposible valerles. Toda lancha que pretendiera acercarse a ellos sería también arrastrada hacia la "Peña" por la irresistible vorágine.

Entonces San Francisco, poseído de súbita inspiración en medio de la angustia que le destrozaba el pecho, corrió a la iglesuela, trepó al andamio, agitó repetidas veces el badajo de la esquila, la cual, por primera vez, alzó su voz dulce, cristalina y cándida, en medio del fragor de la tormenta. A su son, calmóse de repente la furia del viento, durmiéronse las olas, serenáronse las rompientes, y sin saber cómo, cuando el espanto los tenía ya casi sin vida, los pobres pescadores se encontraron al abrigo del puerto.





LA TENTACION

DE

FRAY CONRADO.







¡H tú, Marca de Ancona, dichosa tierra entre la montaña y el mar, luce tu fama de santidad, como el cielo de estrellas! Cuando en Asís se encendió en pecho humano aquella hoguera de caridad divina que se llamó Francisco, a cuya palabra prendía el fuego de amor en los corazones, como en maduras mieses por agosto, fuiste tú, Marca de Ancona, la tierra que más se abrasó en aquel incendio, la que más apóstoles trajo para la santidad nueva y la que dió más enamorados amadores a la Virgen Pobreza. En tu ribera se congregaron los peces de tu mar y de tus ríos, al mandato de la voz del hermano Antonio, y a su modo, reverentes, adoraron al Creador. Al pie de los pinos de tus selvas, y entre las quiebras de tus peñascales, hubo franciscanas colmenas, de donde manaba, gota a gota, la miel de la plegaria. ¡Cuántas veces, alguno de aquellos santos ermitaños, arrebatado de

un éxtasis, fué suspendido corporalmente en los aires a más de cinco brazas del suelo! ¡Cuántas, los pájaros del bosque venían a posarse doméesticamente sobre los hombros y el pecho de los enajenados penitentes, cantando cánticos de mucha maravilla! ¡Cuántas, en fin, los ángeles del Señor pisaron tus breñales, por templar, con la dulzura de su presencia, la mortificación huraña de los solitarios! ¡Oh, tú, Marca de Ancona, dichosa tierra, luce tu fama de santidad, como el cielo de estrellas!

De la vida de uno de aquellos insignes varones de virtud y fortaleza arranqué yo esta tierna florecilla. Ojalá no pierda su fragancia al ser tratada entre mis manos indignas.

En el conventillo humilde de Forano, cuya esquila cantaba las litúrgicas horas, colgada entre peñascos y canchales, como una golondrina al borde de su nido, no había fraile más santo que el hermano Conrado. Bastaba verlo. Sus combas espaldas, su paso incierto, el temblor de sus manos rugosas, que mostraban crudamente la traza recia de venas y tendones, la hondura de las cuencas en que se perdían sus ojos

entre ceniza de ojeras, las graves arrugas que abrían surcos de dolor en su cara y en su frente, las mejillas sumidas bajo los nudos crueles de los pómulos, contaban de privaciones y de penitencia. Pero la alteza secreta de su santidad era murmurada por la sonrisa niña, fresca como chorro de fuente, que sin cesar apuntaba en su boca, entre la nieve luenga de las barbas, y por la clara ingenuidad de sus pupilas, limpios lagos donde los serafines se miraban.

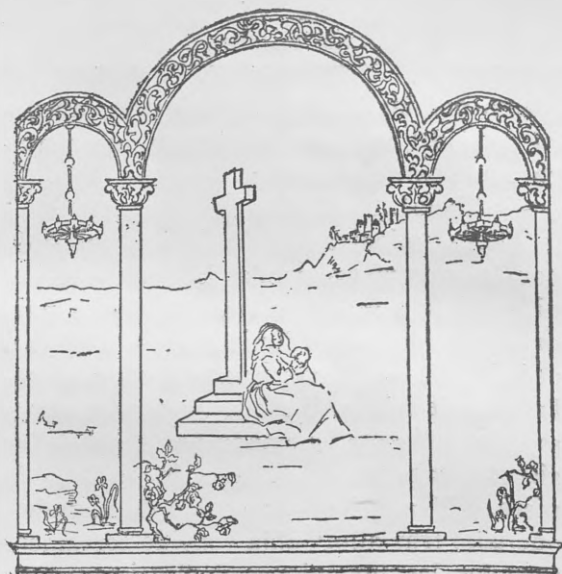


No siempre residía en el convento, que su anhelo de Dios más reclamaba la libre soledad de las cumbres, donde se anega el alma en la gloria del Señor, que no la estrecha penumbra de la ermita, ni los prescritos y monótonos rezos del coro. Tan sólo para oír la mañanera misa bajaba cada fiesta al monasterio, y se retiraba a sus solitarios riscos luego de acabado el sacrificio.

El día de mi relato, el santo fray Conrado iba trepando penosamente por el ás-

pero sendero de la montaña, de vuelta de la misa del convento. En la misa había recibido al Señor. Mas en este día no sonaban en su pecho aquellos ardientes cánticos de alondra con que otras veces su alma comulgaba en Jesús. Ascendía con trabajo por el camino roqueño, inclinados los hombros, vacilantes las piernas, entrecortado el aliento, más por la pena que por la fatiga: allá dentro, en lo oscuro del alma, parecía sentir el astuto aliento de una tentación y temblaba de sentirlo. Que no era la suya santidad de ignorancia, sino de victoria, y harto crueles horas de lucha quedaban atrás, en su dilatada vida, en las que el Malo había tendido ante su vista el amplio tapiz de los turbadores encantos de la tierra, o se le había metido, a lo ladrón, en el espíritu, tornándole áridas las fuentes del amor de los cielos.

De pequeña ocasión brotaba aquella vez su desconsuelo. Al salir de la iglesia, en el atrio, había sorprendido una geórgica escena de humilde paz: una aldeana joven, sentada bajo la gran cruz franciscana de madera, levantaba en sus brazos un florido niño, presentádoselo, risueña y feliz, a



un campesino anciano que estaba en pie ante ella. Chillaba:

—¡Anda!..., ¡frailecito mío!..., ¡santico de tu madre!..., ¡rey de la tierra!..., dale un beso al abuelo... Anda, con tu boquita rica... A ver cómo sabe mi nene darle un beso al abuelito...

El viejo se inclinaba amoroso, acercando su semblante mustio a las húmedas guindas de los labios del chicuelo, cuyas manos acariciadoras revolaban como ma-

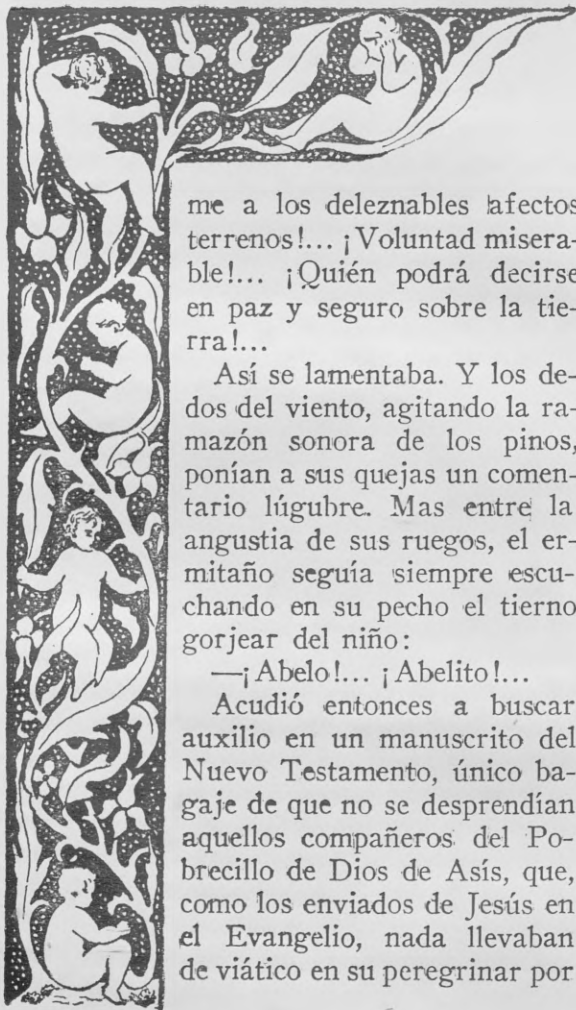
riposa por las blancas barbas y la cabelle-  
ra cana del anciano, al tiempo que canta-  
ba con voz de avecilla:

—¡Abelo!... ¡Abelito!...

Ahora, mientras el fraile iba subiendo por la montañosa senda, la clara voz del niño volvía a sonar en sus entrañas, amarga como un remordimiento. —¡Abelo!... ¡Abelito!...— Jamás criatura alguna habría de decirle a él eso... Jamás las arrugas de su frente, quemada por el sol de las sierras, sabrían del halago de un beso de nieto... Y aquel varón espejo de virtudes, que, año tras año, había vencido tercamente todas las tentaciones de la tierra, sentía una angustia nueva que le apretaba el pecho, y por su garganta arriba ascendía una bandada negra de sollozos. —¡Abelo!... ¡Abelito!...—El santo ermitaño lloraba.

Vencido de las lágrimas, cayó de rodillas bajo la fronda austera de un pino.

—¡Oh, corazón liviano!... ¡Después de una vida entera de agria lucha!... ¡Señor! ¡Señor! ¡Socórreme!... ¡Ni aun ahora, en la última vejez, en vísperas de comparecer ante la Justicia suprema, logro arrancar-



me a los deleznales afectos terrenos!... ¡Voluntad miserable!... ¡Quién podrá decirse en paz y seguro sobre la tierra!...

Así se lamentaba. Y los dedos del viento, agitando la ramazón sonora de los pinos, ponían a sus quejas un comentario lúgubre. Mas entre la angustia de sus ruegos, el ermitaño seguía siempre escuchando en su pecho el tierno gorjear del niño:

—¡Abelo!... ¡Abelito!...

Acudió entonces a buscar auxilio en un manuscrito del Nuevo Testamento, único bagaje de que no se desprendían aquellos compañeros del Pobrecillo de Dios de Asís, que, como los enviados de Jesús en el Evangelio, nada llevaban de viático en su peregrinar por

la existencia, ni dobladas túnicas, ni alforja, ni pan, ni báculo. Abriólo al azar, como solía el seráfico padre en sus necesidades, y el libro santo le señaló un pasaje de San Lucas: el de la presentación en el Templo, cuando el anciano Simeón estrecha al Redentor divino entre sus brazos.

Fray Conrado fué leyendo despacio, con



ojos turbios de llanto, y, según leía, las benditas palabras iban purificando la pa-

sión de su alma, como abrileña brisa, de nubes, el cielo. Sus ansias no desaparecían; mas ya no suspiraba por la caricia de criatura humana, sino que quería sentir algo de la dulcedumbre de que gozó aquel justo anciano de Jerusalén cuando pudo apretar contra su pecho al Salvador de los pueblos.

Devotísimamente, con grandes suspiros, impetraba aquella gracia de la Virgen Ma-



ría. La misericordiosa Señora escuchó su angustiado ruego y quiso darle consuelo. Allí, a dos pasos del postrado ermitaño, entre esplendor de luces y suavidad de aromas, se apareció la Reina de los Cielos tendiendo hacia el fraile las azucenas de sus manos, que le presentaba su divino Hijo. Y el solitario creyó morir de dicha cuando los bracitos desnudos del rosado infante se anudaron a su flaco y negro cuello; y luego aquella encendida boca, que predicó el amor, más fragante que una primavera de flores, le fué besando las arrugas penitentes del rostro, y entre beso y beso, con voz de ave-cilla le arrullaba: —¡Abelo!... ¡Abelito!...

Que todos, alguna vez, en lo escondido del corazón, sintamos la suave caricia de sus manos y que a su halago se torne niña nuestra alma. Para alabanza y gloria de Cristo. Amén.

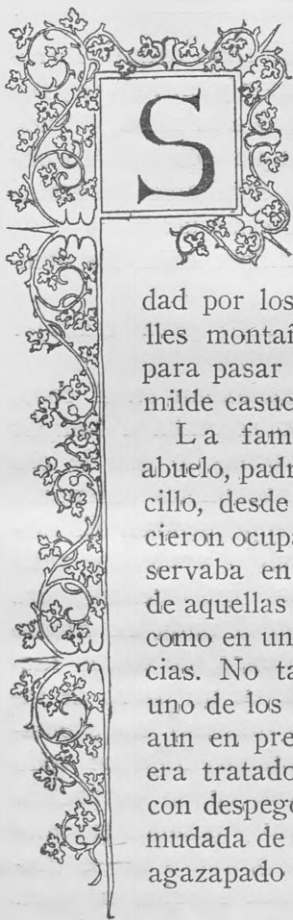




AVE MARIA

FRAY SIMPLE





EN Francisco y fray Maseo, que andaban aquellas semanas predicando su evangelio de cari-

dad por los más escondidos valles montañoses, aposentáronse, para pasar la noche, en una humilde casuca aldeana.

La familia era numerosa: abuelo, padres, hijos; y el Pobre-cillo, desde el asiento que le hicieron ocupar junto al hogar, observaba en silencio la conducta de aquellas rudas gentes, leyendo como en un libro, en sus conciencias. No tardó en advertir que uno de los habitantes de la casa, aun en presencia de forasteros, era tratado por todos los otros con despego cruel. Como gallina mudada de gallinero, permanecía agazapado en el rincón más tene-

broso de la cocina, mirando cuanto lo rodeaba con ojos de temor y extrañeza; fué el último que se acercó a la mesa, cuando sacaron la cena, y aunque sólo pudo encontrar ya sucios restos, echábanle duramente en rostro lo que consumía:

—Si tuvieras las manos como los dientes...

—Si fueras tan listo para trabajar como para comer...

Viejos y mozos mandaban en él como en un siervo, y si no acertaba a cumplir rápidamente y a derechas lo que le era ordenado, sonaban inacabables amenazas y no tenían fin las reprimendas. El mozállón, como burro viejo apaleado, recibíalo todo con igual indiferencia; era como si no fuera con él nada de cuanto le decían. Su grosera cara, de toscas facciones, como amasada en un barro de ínfima calidad, apenas humano, no acertaba a expresar sentimiento alguno: todo era zafiedad y basteza en su corpachón mal hecho; eran torpes y pesados sus movimientos; sus labios bestiales no se desplegaban jamás en una sonrisa ni para pronunciar palabra: sólo de cuando en

cuando brotaba de ellos un oscuro gruñido.

Francisco, al ver la diferencia de trato de que era víctima el mocetón, no pudo menos de preguntarle al amo de la casa:

—Y este mozo, ¿no es hijo tuyo?

—¡Mi hijo! ¿Te parece que en mi familia somos tan torpes y bastos como él? No se sabe de quien sea. Alguien que pasó una noche por el camino dejó este lindo regalo a nuestra puerta hace casi veinte años.

El Pobrecillo de Dios no podía apartar sus ojos del despreciado mancebo. Cierto que todo en su persona parecía ser tosco y espeso, como si su pobre carne no hubiera sido aún redimida de la brutalidad originaria. Pero, Dios mío, ¿qué luz era aquella que se reflejaba por momentos en las pupilas del mozo? Entre la hinchada carnosidad de los párpados, bajo la maleza de las hirsutas cejas, lucían unos ojillos claros, mansos, dolientes, con un dulce reflejo de resignada melancolía, cuya mirada se clavaba hondamente en el piadoso corazón de San Francisco.

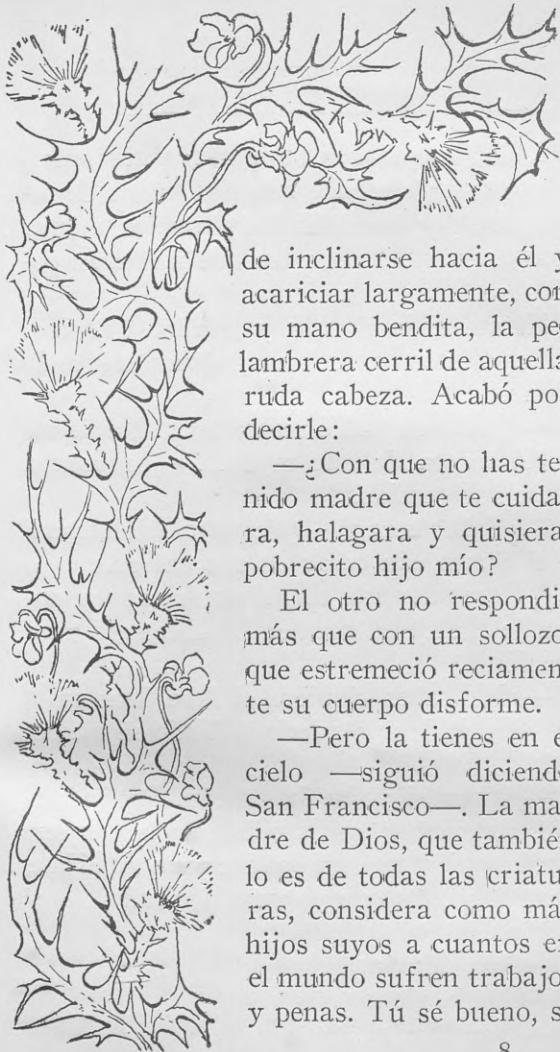
A cada instante, el Santo lo observaba con creciente lástima, y el mozallón, que,

por mucha que fuera su basteza, no podía menos de comprender el desusado interés con que era contemplado, sintiendo en su pecho desconocidas emociones, salióse del rincón en que siempre había pasado las veladas, encerrado en su hostil mutismo, acercóse al hogar, y con trémula mano, recibió de las del Pobrecillo la escudilla en que le habían sido servidos manjares, apenas tocados después por su santa boca. Acurrucado al pie del evangelizador fuélos comiendo lentamente, mezclados con lágrimas.

Y más tarde, cuando todos se hubieron retirado a descansar y San Francisco, como de costumbre, quedóse solo y de rodillas, sumido en sus perennes oraciones, el moce-tón, en vez de acogerse a su ordinaria yaci-ja, junto a la cuadra de las bestias, tendióse a los pies del Santo y, sin dormirse, estuvo contemplando fijamente, con maravillados ojos, los místicos arrobos del Pobrecillo.

San Francisco, emocionado por la admiración y amor que se pintaban en las pupilas del muchacho, en medio de los bestiales rasgos de su rostro, no pudo menos





de inclinarse hacia él y acariciar largamente, con su mano bendita, la pelambarrera cerril de aquella ruda cabeza. Acabó por decirle:

—¿Con que no has tenido madre que te cuidara, halagara y quisiera, pobrecito hijo mío?

El otro no respondió más que con un sollozo, que estremeció reciamente su cuerpo disforme.

—Pero la tienes en el cielo —siguió diciendo San Francisco—. La madre de Dios, que también lo es de todas las criaturas, considera como más hijos suyos a cuantos en el mundo sufren trabajos y penas. Tú sé bueno, sé

sufrido; acepta con resignación tus sufrimientos, y tu madre celestial habrá de recompensarte con cuidados y cariños, a cuyo lado nada vale todos los que hubieras podido recibir en la tierra.

El mozallón lloraba y lloraba. Suspiros violentísimos parecían quebrar su rudo pecho.

—Nadie me habló nunca así... Nadie me habló nunca de este modo... —barbotaba entre sus gemidos.

—¿Sabes rezar? —preguntóle dulcemente el Santo, sin cesar en sus caricias.

—Como soy tan torpe, no fuí nunca capaz de que me entrara en la cabeza ninguna oración.

—¿No sabes siquiera el Ave María?

—No pude aprenderla... Todo se me olvida...

—A ver si yo te la enseño. Rezándola constantemente, serás oído por la Virgen María y siempre será madre para ti. Fíjate bien. Repite lo que yo vaya diciendo. Ave, María...

—Ave, María...

—Gratia plena...

—Ave, María...

—No, no es así. Empieza otra vez. Di conmigo. Ave, María...

—Ave, María...

—Gratia plena...

—Ave, María...

Y el pobre mozallón, por mucho que se esforzara en ello, sólo lograba repetir una y otra vez "Ave, María", sin que le fuera posible ir más lejos.

Pero lo decía con tal piedad, con tan fervoroso acento, con voz tan quebrada de emoción y caldeada de amor, en medio de tan copiosas lágrimas, que San Francisco no pudo menos de pensar que acaso nunca había sido saludada la Reina de los Cielos con mayor fe y candor, con más sencilla y pura devoción, de la que palpitaba en los toscos labios del infeliz mancebo y abrazándolo y besándolo, díjole alegremete:

—Ya ves si sabes rezar, hijo mío, ya ves si sabes rezar. Repite siempre tu plegaria y nunca se apartarán de ti los ojos de tu madre del cielo.

El mozallón, como perro fiel, quedóse dormido a los pies del Pobrecillo con su oración en los labios.

A la otra mañana, San Francisco y su acompañante despidiéronse de sus huéspedes, no bien los primeros mirlos anunciaron la aurora. Iban a ponerse pacíficamente en camino; pero el mocetón, con ardorosa violencia de que nadie le hubiera creído capaz, arrojóse a las plantas del Pobrecillo, abrazó sus rodillas y deshecho en llanto, rogóle con insistencia:

—No me desampares, padre, no me desampares... Llévame contigo...

¿Quién duda de que lo hubiera llevado San Francisco? Pero fray Maseo, que siempre estaba en guardia contra los impulsos excesivamente generosos del Santo, opuso a tal propósito reparo tras reparo. ¿Qué iban a hacer en la Orden con aquel mozo de tan rudo espíritu, incapaz de la más elemental educación? De sobra había bocas inútiles en torno a San Francisco, sin ir a cargar con una más. Y que, a juzgar por su aspecto, no debía ser de las que con cualquier bocado quedaban satisfechas. Tal imperio puso el fraile en sus razonamientos, que el Pobrecillo, en un instante de debilidad, se dejó sacar de la casa, a pesar de las súplicas de la recién ganada ovejuela.



Pero por el camino, San Francisco iba triste, cabizbajo, silencioso, disgustado consigo mismo, arrepentido de haber abandonado a aquella pobre alma que con tanta simplicidad se le había acercado. A punto estaba de disponer que dieran la vuelta en demanda del mozo, cuando lo descubrió entre unos robles a un lado del camino. Sin que ellos lo advirtieran, había venido siguiéndolos desde la aldea, musitando con embeleso su nueva cantinela:

—Ave, María... Ave, María...

En vano fué que frunció el ceño fray Maseo: San Francisco corrió al encuentro de su seguidor, lo estrechó gozosamente contra su pecho y allí mismo lo recibió por compañero.

Mas no fué acogido con igual alegría por los otros frailes: aquel nuevo hermano, aunque no pudiera negársele buena voluntad y afán de servir, no acertaba a realizar ningún trabajo a derechas; no servía para la cocina ni para la limpieza del nascente monasterio; sus manos rudas no le

permitían contribuir como albañil o carpintero a las obras de edificación en que andaba ocupado todo el convento; ni aun a pordiosear podía dedicársele: su figura estrafalaria, su torpeza para expresarse y dar las gracias, su espíritu pueril y candoroso, convertíanlo en juguete de chicos y grandes; las gentes le hacían víctima de las bromas más despiadadas, y regresaba de sus caminatas sin nada en las alforjas, roto, sucio, muerto de fatiga y de hambre. Sólo podía empleársele en ir por leña al monte, de donde volvía cargado hasta reventar, o en cavar los bancales de la huerta. Su único deseo era estarse horas y horas, olvidado del curso del tiempo, al pie del altar de la Virgen, en la iglesuela del monasterio, repitiendo constantemente su inacabable plegaria, con el alma encendida en los más puros afectos.

—Ave, María... Ave, María... Ave, María...

Las gentes del pueblo y algunos de sus compañeros de religión mofábanse de él, llamándole *Fray Simple*. Hasta hubo alguien que una vez osó darle tal apodo en presencia del Santo.

—Justo —dijo San Francisco—, ese es el envidiable nombre que siempre debemos aplicar a nuestro bendito hermano; los cielos le otorgaron el don de saber orar con un fervor, una sencillez, una constancia de que todos tenemos mucho que aprender. No hay labios de niño que pronuncien más puras y encendidas oraciones que las que brotan de la boca de nuestro *Fray Simple* para elevarse directamente, como nube de incienso, hasta los pies de la propia Reina de los Cielos. Bienaventurados los simples, hijos míos, bienaventurados los simples...

Muerto el Santo, aquel discípulo estuvo cada vez más olvidado en el convento: como nadie le hablaba, iba casi olvidándose del uso de la palabra; para nada se juntaba con sus compañeros; no dormía donde los demás frailes, sino en una vil cabañuela junto a la cuadra de las bestias que tenía a su cargo; no comía en el refectorio, a la mesa, sino en la cocina, cuando todos lo habían ya hecho, juntando en una cuenca lo que los otros habían desechado, y hasta de aquella bazofia se privaba la mitad de los días, pues si entre los pobres que imploraban limosna a la puerta del monasterio veía al-

guna mujer con su niño en los brazos, como a imagen de su madre celestial, corría a llevarle cuanto hubiera debido servirle a él de sustento. Trabajaba cuanto podía en las rudas tareas que tenía encomendadas, y después corría a echarse a los pies de la Virgen, donde se dejaba hundir, deliciosamente, entre las ondas suaves del infinito mar de su oración eterna:

—Ave, María... Ave, María... Ave, María...

Pasaron los años. *Fray Simple*, único nombre con que de todos era conocido, hízose hombre maduro, llegó a ser un anciano: llenáronse de canas su cabeza y su barba y de arrugas su rostro. Encorbóse su espalda, hízose vacilante su paso, trému-





la su mano. Ya no fué capaz de trabajar y llegó un día en que ni levantarse pudo del mísero jergón de hoja seca, tendido en la tarima que le servía de lecho. No se presentó en la cocina a la hora de comer, y un hermano lego fué a su cabañuela a llevarle una taza de caldo y ver si podía necesitar alguna cosa. Pero el anciano no respondía a sus afables preguntas. Sólo murmuraba sin cesar, con infantil acento :

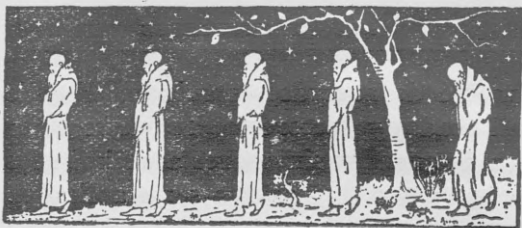
—Ave, María... Ave, María...

A la otra mañana hubo gran conmoción en el monasterio. La cosa no era para menos. Al ir a abrir, para la primera misa, la puerta de la iglesia, se encontraron con que la imagen de la Virgen faltaba de su altar; sin duda había sido robada por la noche. Locos de ansiedad, los frailes registraron febrilmente las cercanías del convento; preguntaron en las vecinas aldeas; nadie daba indicio que pudiera servir para encontrar al ladrón ni había visto persona que excitara la menor sospecha. Lo más singular del caso era que no había señales de violencia en la puerta ni en los ventanucos de

la iglesia. No se comprendía cómo ni por dónde había penetrado el malhechor.

Con la agitación e inquietud de la mañana, el lego olvidóse por completo del pobre *Fray Simple*. Pero acordóse de él a media tarde, en un momento de triste depresión, cuando ya se desesperaba de que nunca volviera a ser hallada la venerable efigie, y pesaroso de haberlo tenido abandonado tanto tiempo, dirigióse a su cabañuela para llevarle algún alimento. Pero salió gritando de la choza del viejo: la sagrada imagen que faltaba del templo fué lo primero con que tropezaron sus ojos a los pies de la yacija del enfermo.

El padre prior y las altas dignidades del convento acudieron solemnemente a la cabaña de *Fray Simple* para inquirir cómo había cometido aquella monstruosa profanación e infligirle por su delito la condigna pena. Pero aunque le interrogaron durante largo tiempo con gran severidad y paciencia, aunque le amenazaron con las penas más crueles, no consiguieron arrancar declaración alguna de labios del acusado: *Fray Simple*, con un resplandor de bienaventuranza en sus ojuelos infantiles,



como si contemplara dentro de sí el espectáculo más maravilloso, sólo sabía repetir con voz transfigurada:

—Ave, María... Ave, María...

Los sabios dignatarios retiráronse de la choza llenos de perplejidad y enojo; aquel idiota, mascullador de avemarías, se estaba burlando de todo el convento.

Al día siguiente, a pesar de que habían cerrado muy bien la iglesia y atrancado por fuera la cabaña de *Fray Simple* de modo que le fuera imposible salir de ella, la Virgen volvió a ser encontrada al pie de su lecho. Aquello iba más allá de cuanto podía imaginarse, ya que no fué difícil comprobar que no habían sido tocados ninguno de los cierres de la casilla ni de la iglesia. Sólo era explicable admitiendo que aquel fraile tuviera tratos con el demonio. Y para examinar caso tan arduo y espinoso, el prior llamó a capítulo a toda la comunidad y hasta después de puesto el sol, sin lograr

ponerse de acuerdo, estuvieron discutiendo letrados y doctores acerca de la naturaleza de aquellos singulares acaecimientos y de las penas que debían serle aplicadas a *Fray Simple* si era responsable de los criminales hechos.

Mientras tanto, el hermano lego que cuidaba del decrepito enfermo estuvo sin apartarse de su cabecera. Contra la opinión de toda la comunidad, creía ver algo celestial y divino en los incomprensibles sucesos; sólo así podía explicarse la luz sobrenatural que parecía irradiar de las pupilas del anciano y aquel aire de beatitud que exhalaban de sí los consumidos rasgos de su semblante, deslumbradores de misteriosa belleza. Con suavidad y ternura, el lego le interrogó largamente, pero obtuvo tan escaso resultado como los otros con la violencia: el viejo no salía jamás de su súplica perenne:

—Ave, María... Ave, María...

Parecía no ver ni oír cosa alguna.

Aquella noche fueron puestos vigilantes en la iglesuela, y al hermano lego se le ordenó que no se apartara de la puerta de la cabaña. Tanta era la paz y dulzura de la no-

che, bajo el lento rodar de la silenciosa máquina de los astros, que acabó por quedarse traspuesto. Despertó sobresaltado. Algo ocurría en la choza de *Fray Simple*. Frotóse los ojos, por si todo fuera una ficción del sueño; pero no, no cabía duda, alguien hablaba junto al lecho del enfermo, y un resplandor suave se derramaba por las hendiduras de la puerta. Palpitante de ansiedad, arrimó el rostro a la mayor de ellas.

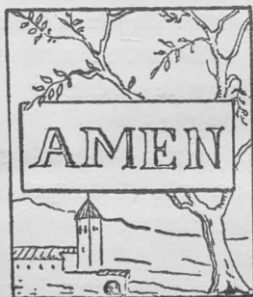
*Fray Simple*, sentado en su vil yacija, con rostro en que se pintaban todas las delicias de los cielos, tenía entre sus brazos un niño dormidito. Desde el fondo de la celda, acercóse a él una señora, envuelta en amplio manto, y le presentó con ternura una taza humeante.

—Vamos, hijo mío —decíale con voz suavísima—; toma este caldo que te he preparado yo misma. Hace mucho tiempo que estás sin alimento.

El lego pudo vislumbrar durante un instante, al inclinarse ella hacia el anciano, el incomparable rostro de la nocturna enfermera. Era la Virgen; la propia Virgen del monasterio, que, depositando el dormido Niño Dios en el lecho, asistía al anciano

fraile con maternales cuidados durante las largas noches de su enfermedad.

Los ojos del pobre lego no estaban hechos a ver las maravillas celestes; fué como si de pronto se encendieran ante él las deslumbradoras luminarias del Paraíso y sonara en sus oídos la música inmortal de las esferas; no supo lo que pasaba por su ánimo y cayó sin sentido al pie de la puerta.





## INDICE

PÁGS.

---

DAMA POBREZA. . . . .	9
Primera Consideración. . . . .	11
Segunda Consideración. . . . .	31
Tercera Consideración. . . . .	51
EL MILAGRO DEL MAR. . . . .	71
LA TENTACIÓN DE FRAY CONRADO. . . . .	95
FRAY SIMPLE. . . . .	107

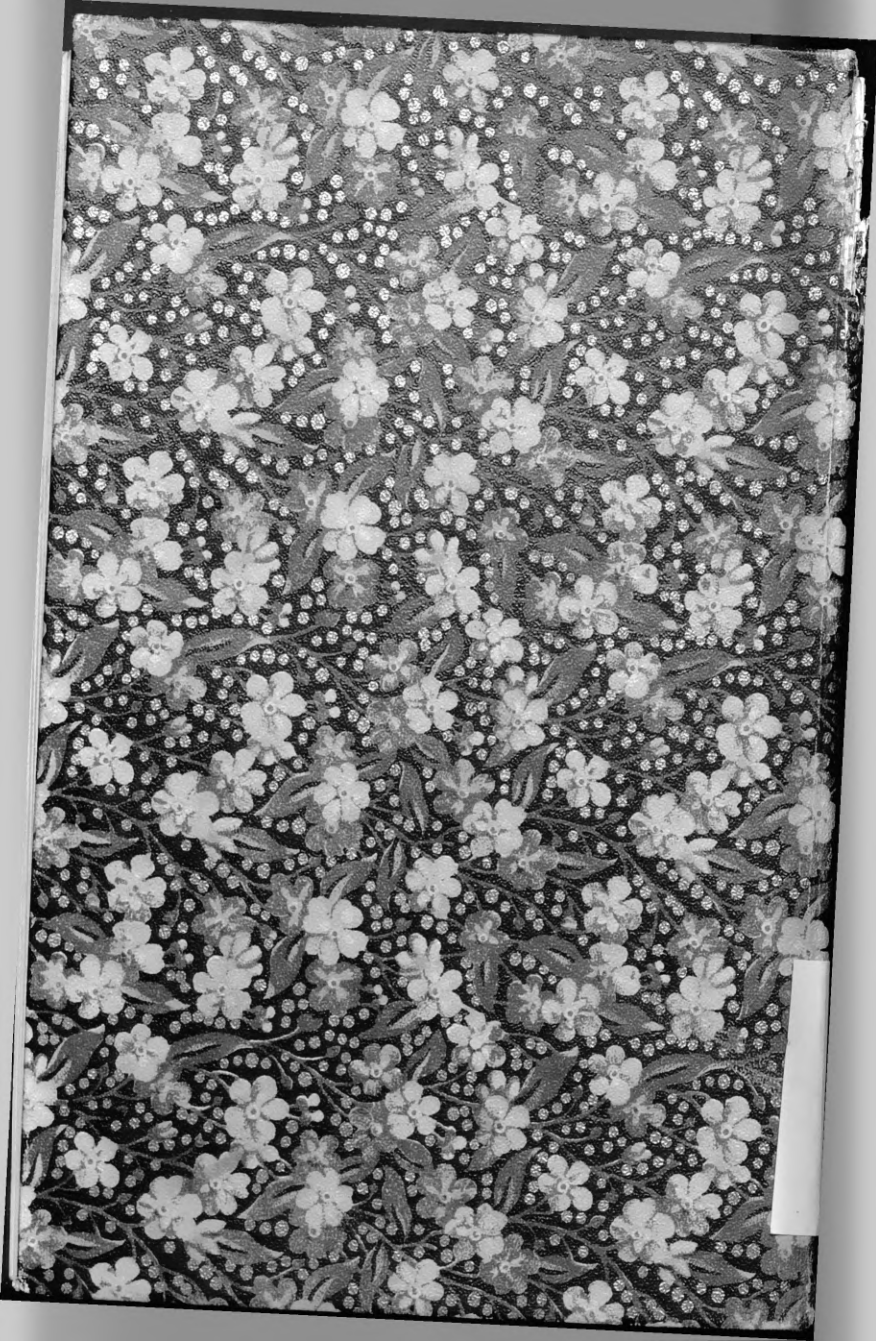












JG - 84413